

INVISIBLES

MEMORIAS DE MUJERES QUE
AMAN A OTRAS MUJERES

INVISIBLES



INVISIBLES

**MEMORIAS DE MUJERES QUE
AMAN A OTRAS MUJERES**

Primera edición: Montevideo, agosto de 2020.

Esta es una publicación del Colectivo Ovejas Negras y Cotidiano Mujer con el apoyo del Fondo Intersecciones de la Secretaría de la Diversidad Sexual de la Intendencia de Montevideo.

Equipo proyecto: Magdalena Bessonart, Daniela Buquet Bidart, Nicolás Castillo, Silvina Font, Lucy Garrido, Sofía Pandolfo, Diego Sempol y Marisa Silva
Coordinación publicación: Daniela Buquet Bidart
Diseño de logotipo: Clara Sosa
Ilustraciones, diseño y maquetación: Martín Buquet

Impreso en Montevideo, Uruguay en agosto de 2020
por Imprenta Rojo.

ISBN:
Depósito Legal:



Esta publicación cuenta con licencia Creative Commons de atribución, no-comercial, compartir igual.

PRÓLOGO	09
01: HETEROSEXUAL NO PRACTICANTE ALEJANDRA LÓPEZ GONZÁLEZ	13
02: ESTO TIENE QUE VER RELATO ANÓNIMO	17
03: LA NOCHE QUE FUI EL PEOR DE LOS TIPOS ANDREA RODRÍGUEZ MENDOZA	35
04: INEXISTENTES ANDRESSA BRAUN	39
05: EL AMOR QUE AÚN NO SE ATREVE RELATO ANÓNIMO	43
06: EN LA NADA HALLÉ MI TODO GIOVANNA BELÉN	47
07: ALINA INGRID MÜLLER	49
08: DECONSTRUCCIÓN RELATO ANÓNIMO	55
09: 29 AÑOS Y RECIÉN REACCIONO MELANIA GEYMONAT	57
10: NO FUE UN MARTES CUALQUIERA PAULA COLLAZZI	63
11: ... RELATO ANÓNIMO	67
12: ¿TRISTES O TIERNOS OJOS DEL TIEMPO? R.	75
13: ... ROSANA ETHEL GONZÁLEZ	91
14: ... SABRINA NÚÑEZ	93
15: LA HISTORIA DE UNA LESBIANA PROMEDIO SOFÍA	95
16: DESCUBRIENDO MI BISEXUALIDAD VICTORIA RIVERO MOCHI	99

PRÓLOGO

Invisibles es parte del proyecto *(In)Visibles. Memorias lésbicas. Género y generaciones* del Fondo Intersecciones de la Secretaría de la Diversidad Sexual de la Intendencia de Montevideo, propuesto y llevado adelante por el Colectivo Ovejas Negras y Cotidiano Mujer. Este proyecto busca rescatar del silencio y el olvido las memorias individuales y colectivas de diferentes generaciones de mujeres que desearon a otras mujeres, a efectos de visibilizar sus estrategias de resistencia, sus formas de sociabilidad y la producción de sentidos respecto a su sexualidad y su entorno en los cambiantes contextos políticos y normativos de la historia uruguaya.

Las memorias individuales y colectivas siempre están históricamente contorneadas por condiciones de audibilidad y la agenda política, así como atravesadas por dimensiones como el género, la edad, la sexualidad, la clase y la etnia-raza. Por eso la posibilidad de una gran cantidad de disidentes sexuales de narrar y recordar junto con otras sus vidas ha estado históricamente limitada por el estigma, la invisibilidad, el descrédito o las propias estrategias de sobrevivencia que hicieron de este asunto la piedra sobre la que se construyó en forma implacable una identidad discreta.

Pero el ciclo de conquistas jurídicas de la era progresista permitió una

transformación profunda de las regulaciones normativas y las políticas públicas con respecto a esta población, lo que ha generado un contexto de enunciación completamente nuevo, en donde por primera vez muchas personas se animan a romper el silencio y a ocupar el espacio público. Es un momento de cambios, de síntesis y nuevas impugnaciones, en donde el diálogo intergeneracional e intracomunitario interrumpido clama por espacios de encuentro e intercambio.

Este proyecto buscó conseguir, por un lado, testimonios a través de entrevistas. El objetivo inicial fue ir por las mujeres de mayor edad, las que por una urgencia cronológica, se quería ofrecieran primero que nadie su testimonio sobre cómo era la sociabilidad en los años cincuenta y sesenta en el Uruguay. Los resultados en esa franja etaria fueron escasos. Buena parte de ellas finalmente no accedieron a ser entrevistadas. Este problema dejó claramente visible hasta qué punto las marcas de las lógicas heteronormativas y la gramática del armario atravesaron estas corporalidades, y definieron estrategias de sobrevivencia en los márgenes. Esta intención responde a que dentro del movimiento de la diversidad sexual y en la academia poca atención se ha dado hasta el momento a las trayectorias de las disidencias sexuales de la tercera edad, aquellas que tuvieron buena parte de su vida activa antes del ciclo de conquistas legales de la última década. El trabajo en base a historias de vida permite analizar cómo esta confluencia de regulaciones operan en la biografía de las personas, como lo social se hace carne en los individuos concretos.

Sí tuvimos mucho más éxito, al enfocarnos en entrevistar a militantes lésbicas de diferentes generaciones del movimiento feminista y de la diversidad sexual. El proyecto buscó profundizar en la memoria colectiva de las organizaciones sociales que politizaron esta sexualidad a efectos de analizar los diferentes sentidos y horizontes de expectativa que construyen en este presente situado, buscando recuperar sus estrategias y disputas de sentido dentro de la sociedad, y dentro del feminismo y el movimiento de la diversidad sexual. Si bien existen en Uruguay trabajos académicos de calidad que han abordado estos temas, consideramos que aún se puede ahondar más en los debates y reflexiones que llevaron ade-

lante algunas organizaciones lésbicas así como en el rescate de escenas y formas de sociabilidad específicas.

Todas las entrevistas fueron cedidas al Archivo Sociedades en Movimiento (FCS, FHCE, CESAM-UdelaR), quien también colaboró en su realización. Este acervo documental y de historia oral de la Universidad de la República nos resultó el mejor lugar para garantizar la custodia de estos testimonios y facilitar el acceso de acuerdo a los parámetros que define la ley de acceso a la información y datos sensibles.

Por otro lado, a través de las redes sociales de las organizaciones se convocó a mujeres que aman a otras mujeres a escribirnos sus relatos. Nos fueron enviados 24 relatos, de los cuales 16 fueron seleccionados para la publicación de este libro. Agradecemos a todas las mujeres que nos escribieron y se contactaron, su aporte fue fundamental para este proyecto. Es a través de las voces más diversas que vamos a poder construir nuestra historia, rompiendo las barreras de las opresiones, haciéndonos visibles.

Gracias a este Fondo logramos contactarnos con mujeres lesbianas y bisexuales que nos permitieron entrar a sus vidas, y de esa manera comenzar a conocer un poco más la cotidiana de las mujeres de la diversidad. Nos enviaron relatos de Maldonado, Montevideo, Soriano, Florida, Canelones, Cerro Largo, Treinta y Tres, Lavalleja, San José, Paysandú y Tacuarembó, también recibimos de Argentina, Brasil y Colombia. Las mujeres iban de los 15 años a los 80 años. Estos datos nos dan la seguridad de que las mujeres lesbianas y bisexuales quieren contar su historia, y que son conscientes de la necesidad de que existan más investigaciones y proyectos que toquen estas temáticas.

Este proyecto nos dio la posibilidad de conocer historias que nos permitirán construir la historia que hoy sigue siendo invisible.

COLECTIVO OVEJAS NEGRAS,
COTIDIANO MUJER.

01

HETEROSEXUAL NO PRACTICANTE

ALEJANDRA LÓPEZ GONZÁLEZ

Como toda buena niña nacida a fines de los 90, más específicamente en el año 1997, nunca se me había siquiera mencionado que podía existir la remota posibilidad de que me atrajese una chica, y en las pocas ocasiones en que mis oídos de niña habían captado el concepto de *homosexual*, aunque no con esa palabra, no fue necesariamente con una connotación positiva.

Como la posibilidad de ser lesbiana no era manejada por mí, en los insípidos juegos infantiles en la escuela, cada vez que tras el cántico de «un MARINERITO me tiró un papel» debía mencionar quién —o, más precisamente, cuál chico— me atraía de la clase, reprimiendo mis deseos de nombrar a aquella compañerita rubia de ojos esmeralda que también integraba la ronda de juegos, me disponía a pensar en cualquier chico no mencionado hasta ese momento para asignarle el título de mi amado marinerito. Así es que Matías se transformó en mi primera pantalla, y debí soportar que mis risueñas amigas le enviaran cartitas para hacerme «ganchito» con él; bueno, al menos era lo que ellas creían que yo deseaba.

Fueron pasando las tardes de mi niñez y los días con aquella bella compañerita rubia y con mi pantalla Matías, así fue como llegaron mis doce años y, con esto, mi etapa liceal. Para ese entonces, entendía qué signifi-

caba ser lesbiana, o al menos había suplantado en mi lenguaje la palabra *tortillera* —término que hoy me genera un rechazo profundo—, aunque, claro, no deseaba ni remotamente tener nada que ver con ser una, pues no era nada digno de enorgullecerse el serlo, a mi entender, o al menos eso había aprendido hasta entonces. Lo antes dicho deja ver no solo lo invisible que eran las lesbianas para mi generación y las generaciones pasadas, sino también la concepción errónea impregnada por el odio que la sociedad me había enseñado.

En una linda y soleada tarde en la ciudad de Paysandú, y escondiéndome en mi nueva pantalla, esta vez llamada Agustín, opté por rotular mi sexualidad y me dije a mí misma «no sos lesbiana, Ale, claro que no, sos perfectamente heterosexual, así te cases con una mujer y tengas hijos como proyectás». Para ese entonces, la Ale de quince años no sabía que en Uruguay el matrimonio igualitario no era legal y mucho menos la adopción homoparental. «Sos heterosexual con atracción única a una chica, o sea, tu futura esposa. En ese caso, vas a ser una heterosexual no practicante, como hay católicos no practicantes». Ese término me acompañó en mi mente por muchos años, hasta que un día una piba me rompió el bocho, me desestructuró completamente y me ayudó a comprender que eso no existía, que tal vez fuera bisexual, como ella. Con los años entendí que el término no me quedaba cómodo, sino que era lesbiana. Aunque por mucho tiempo estuve perdidamente enamorada de ella y solo alcancé a besarla un par de veces, me ayudó a ver las cosas de otro modo.

Me costó mucho entender que no era la única chica que pasaba por esa situación, ni la única que sentía lo mismo. La etiqueta me ayudó a no sentirme tan sola; luego comprendí que yo era más que una etiqueta, pero, sin duda, qué bien me hizo saber que no era la única, que eso era normal, que *podía pasar*, y conocer que podía llevar una vida acorde a lo que sentía, aunque costara mucho, ya que las desigualdades sociales fueron y son grandes. Ahí fue que supe que yo no tenía los mismos derechos en mi país que los heterosexuales. Comprendí que mis hermanos y mis viejos, desde el momento en que nacieron, tenían garantizados el derecho al matrimonio, a la unión libre, a adoptar y a reconocer a sus hijos con su

pareja, pero que yo no, que si quería los mismos derechos tenía que salir a la calle a pelear. Así comencé a militar, saliendo abiertamente del clóset conmigo, aunque no con mi familia. Comencé a militar por los derechos LGBT+ de manera insipiente, poco a poco. Así supe también que no era la única lesbiana de Paysandú, sino que éramos y somos muchas, cada vez más visibles.

Fue un camino de ida, de a poco hice esa tan nombrada «salida del clóset» con mi familia y amigos. Mi militancia comenzó a ser más fuerte, mi presencia en marchas y manifestaciones fue más habitual, hasta el día de hoy, que alcancé a ser parte de la comisión directiva de un colectivo de diversidad, algo mucho más que impensable para esa Ale niña que tanto se forzó a ser heterosexual. Comprendí que no se elige lo que se siente, lo que sí se puede elegir es vivir acorde a lo que sentís, y opté por eso. Para algunas personas eso nos cuesta discriminación, muchas lágrimas, mambos familiares, mucho dolor al aceptarnos. A mí me costó un montón de miedo, lágrimas, pensamientos muy alegres y la entrega forzada de besos a chicos porque tenía que encajar en algo que no sé quién estipuló.

Así fui despojándome de ese término inventado por aquella niña atemorizada que intentaba encajar en la heteronorma a la fuerza, por temor, por pánico, para pasar a ser una joven mujer lesbiana militante, orgullosa y visible, aunque no sin recordar y jugar entre risas, diciendo con mis amigos que soy heterosexual no practicante.

02

ESTO TIENE QUE VER

RELATO ANÓNIMO

—¿Vos no estarás confundida? ¿No se estarán confundiendo porque son muy amigas? —Mi madre me miraba casi implorándome que le dijera que sí, que todo lo que le acababa de decir no era más que una confusión. ¿Cómo decirle que mis amigas no me calentaban como me calentaba Leti?

—No, mamá, no estoy confundida porque seamos muy amigas. Estoy enamorada de ella.

—Pilar, ¿vos te das cuenta de que estás destruyendo a la familia? Nos estás haciendo mierda, Pilar. ¿Qué te hicimos para que nos hagas esto? —El sentimiento de culpa empezó a hacerse más fuerte en mí. ¿Y si mamá tenía razón? ¿Y si estaba confundida?—. Decime algo, Pilar, por favor, no te quedes callada. ¿Es solo ella? ¿Vas a volver a estar con un hombre? —Se agarró la cabeza como hace cada vez que algo la supera. Sus ojos estaban rojos, hinchados, las lágrimas le corrían por la mejilla.

—No sé, mamá, no sé. Es solo Leti, creo, capaz después vuelvo a estar con un hombre, pero ahora estoy enamorada de ella. —No era solo Leti, en el fondo lo sabía, pero necesitaba justificarme de alguna forma—. Y no sé si te voy a dar nietos, mamá, no sé.

—Esa Leti es una hija de puta, Pilar, te está cagando la vida a vos y a

todos. —Levantó la cabeza, volviendo a su postura erguida, dejando la derrota y el dolor de lado—. Esa hija de puta a esta casa no entra más, y que no la vea cerca porque la curto, te aviso, pendeja. —Miró a mi padre en busca de apoyo, pero él seguía ahí, inmóvil, sin decir ni una palabra—. Y de esto que no se entere nadie. En lo posible que no lo sepan tus amigos, si no ningún otro hombre te va a mirar, y a la familia ni una palabra porque los matás, como hiciste con nosotros.

—¿Me abrazás, mamá? Por favor, abrazame.

—No puedo, Pilar, no puedo ni mirarte.

Ese día se rompieron todas mis ilusiones. Hacía seis meses que soñaba con ese día, le tenía miedo, le tenía respeto, tenía esperanzas todavía en él. Muchas veces preparé el discurso que les iba a decir. Muchas veces me dije *hoy es el día* y después me cagué, y cuando por fin se los había dicho, todo había salido para la mierda, las esperanzas a la mierda.

Ese verano había empezado a jugar en un equipo nuevo. Ahí conocí a Leti. La verdad es que desde que la vi me enamoré de ella, pero tardé un mes en darme cuenta de lo que me estaba pasando. Esperaba los lunes y los miércoles para verla; cada roce, cada palabra, cada contacto se iba metiendo más en mí y yo no entendía qué era lo que me estaba pasando. Un mes después, nos fuimos a jugar al *hockey* a Colonia.

—Pili, ¿te querés quedar tomando unas cervezas conmigo? Me embola ya irme a dormir. —Me mostró las dos Patagonias que tenía en la mano y me sonrió—. Son tus favoritas, ¿no? —Cómo decirle que no a la sonrisa más linda que había visto.

—Mmm... Me suena que me estás comprando con las Patagonias, ¿eh? —Saqué de mi bolsillo el llavero con destapador—. Pero, bueno, voy a hacer el esfuerzo... pasame esa cerveza, dale.

—Sabía que no me ibas a fallar. —Me guiñó el ojo y me alcanzó la botella.

Nos sentamos en las hamacas y empezamos a tomar uno, dos, tres vasos. Ya sentía el efecto de la artesanal en mi cuerpo, relajado, tranquilo, sacándome los nervios del primer momento.

—Che, Pili, vos antes jugabas con Monse, ¿no?

—Sí, jugaba. ¿Por?

—¿Viste que tiene novia? ¿Alguna vez te pasó eso de que te gustara una mina? —Debió haber visto la expresión de sorpresa en mi cara junto con el movimiento incómodo—. A mí creo que nunca me pasó, no sé, pero sé que me puede pasar. Igual si te incomoda no me contestes, esta todo bien, eh. —Se rio nerviosa.

—No, está todo bien, boluda. No estoy segura si me pasó, la verdad. —Me encogí de hombros y la miré, estaba tan linda esa noche—. Bah, creo que sí. —Me sonrió y me alcanzó para que abriera la otra botella. No estoy segura de si fue el efecto del alcohol o el roce de su mano, pero sentí una energía que empezó en mi mano y terminó en mi entrepierna.

Después del viaje, las cosas se volvieron más intensas, las conversaciones más frecuentes y, con ellas, el doble sentido, el buscar una pista, una señal, algo que me dijera que a ella le estaba pasando lo mismo que a mí, que no era yo la tortillera que estaba confundiendo nuestra amistad.

—Pili, voy a agitar para salir hoy de noche. Vos estás, ¿no?

—¿Hoy? Creo que no puedo, Leti. —Vi en su cara un gesto de derrota, le había tirado a la mierda su plan en un segundo—. Es joda, boluda, obvio que estoy.

—Qué tarada, me asustaste. No es que no iba a gozar la noche, pero bueno... vos sabés. Vienen a casa a dormir Lucha y Delfi, venite si querés.

—Bueno, dale, voy.

Una hora estuve eligiendo qué carajos ponerme, nada me venía bien. En todo el día no pude dejar de pensar ni un minuto en esa noche. ¿Y si estaba confundiendo todo y Leti solo me quería como amiga? No, no, me había invitado especialmente a mí, y me había invitado a dormir... pero también había invitado a Lucha y a Delfi. Qué hija de puta, ¿para qué las había invitado? Bueno, no importaba. Le iba a dar un beso, sí, tenía que darle un beso. Pero ¿y si me mandaba a cagar? ¿Y si quedaba como la nueva, y todavía tortillera? No me iba a hablar más, estaba segura de que no me iba a hablar más. No, no le iba a dar un beso, si quería hacer algo que lo hiciera ella.

La noche empezó tranquila, un fernet, dos fernets, la veía bailar y no

podía sacar la vista de ella, de sus movimientos, del juego de su pelo, cómo caía lenta y esporádicamente en su cara y ella lo corría con toda su mano derecha, sin perder el ritmo. Tres vasos de fernet, cuatro, las ganas de acercarme a ella eran cada vez más intensas, lo que me estaba pasando ya era obvio.

—Leti, ¿me acompañás al baño?

—Sí, obvio.

Me agarró la mano con fuerza, decidida. Caminamos todo el trayecto hasta el baño así, agarrándonos con seguridad la mano, sintiéndonos fuertes, empoderadas, en nuestro pequeño mundo.

—Tengo que entrar... Sé que no me querés soltar la mano, no te culpo, eh, pero viste que no queda otra. —Levanté la cabeza en mi típico gesto de soberbia-graciosa.

—Dale, boluda, sos vos la que no me suelta la mano. —Y me la soltó, nomás.

Cuando salí del baño volvió a agarrarme la mano y caminamos así hasta donde estaban nuestras amigas. Ahí me la soltó rapidito, con un poco de vergüenza. Tenía que actuar, sabía que tenía que actuar. Tenía que actuar porque no dejaba de mirarla, no dejaba de mirarme y al carajo, la vida era una y me la tenía que jugar, estaba decidida. Y ahí fue donde apareció él, directo a Leti. Los veía bailar y sentía cómo se me apretaba el corazón.

—Dejá a tu amiga con mi amigo, vamos a bailar nosotros, dale. —No era feo, en verdad estaba bueno, pero ya desde el arranque me pareció un pelotudo—. ¿Cómo te llamás, linda?

—Sofía. —Esa costumbre de cambiarme el nombre nunca se me había ido. Miré a mi costado y ahí estaban, Leti y el boludo bailando, hablándose al oído.

—Eu, Sofi, no seas ortiva con tu amiga, dale, linda.

No sé si fue el que hablara de Leti como mi amiga o el decirme linda, pero algo terminó de molestarme.

—Sos un pelotudo bárbaro.

Y ahí lo dejé solo, me fui buscando un escape a todo, no podía ver más a Leti bailando con ese pibe, no soportaba más. Me fui lo más rápido que

pude, derecha, izquierda, algún empujón para hacerme paso entre la gente, y el refugio de siempre, el baño.

—Pilar, ¿por qué te fuiste? ¿Podemos hablar? —Escuchaba a Leti hablar desde el otro lado de la puerta. ¿Qué estaba haciendo? Quería que se fuera, que se fuera con el boludo, que me dejara tranquila en mi derrota—. Dale, Pilar, salí de ahí, no seas pelotuda.

—¿Qué querés, Leticia? —Abrí la puerta rápido, brusco, resaltando que ya no era Leti, que era Leticia.

—¿Se puede saber por qué te fuiste? ¿Qué te pasó? —Me miraba con su mayor cara de boluda, pero una boluda tan linda. ¿Qué poder tenía en mí?

—Nada, Leti, nada —volvía a ser Leti—, que te vi con el boludo ese y no aguanté más.

—¿Y qué tiene que ver Martín en esto? —Bien, ahora el boludo tenía nombre.

—Esto tiene que ver, Leti.

Le agarré la cara y en un movimiento brusco le comí la boca, al principio con furia, con rabia de que el boludo tuviera nombre, después con el deseo de lo que creía imposible y, por último, con el amor que me transmitió desde el primer beso. Separó sus labios de los míos y me miró con una mezcla de miedo, curiosidad, confusión. No veía una mueca de asco en su cara, eso era bueno, ¿no? Pero ¿en qué estaba pensando? ¿Le había gustado? Me había ido a la mierda. Me sonrió. Entonces le había gustado. Pasó su mano izquierda por mi nuca y la derecha por mi cachete, me miró a los ojos y me dio un beso. Suave, cuidadoso, con precaución de lo desconocido. Pero a mí la precaución no me iba bien, la agarré del brazo sin separarme de sus labios, la atraje hacia mí entrando al cubículo y cerré la puerta con una habilidad asombrosa en los pies que hasta ese momento desconocía tener. Sentir sus labios en los míos me estaba volviendo loca, y ese juego que hacía con ellos de morderme suavemente me terminó de volar la cabeza. Me separé de su boca para besarle el cuello, fui besando cada parte, bajando lentamente, subiendo, hasta terminar en su oreja. Pasé la punta de mi lengua suavemente por su oído para luego llegar al lóbulo y lo mordí delicadamente, lento. Sentí cómo se retorció sutilmente

por el placer y un suave gemido, apenas captable. Pasé mi mano izquierda por su hombro, por su brazo, y fui bajando lentamente hasta llegar a su mano. Con mi mano derecha rodeé su cadera, acaricié con la yema de los dedos su espalda, su vientre, y fui subiendo lentamente hasta que sentí el redondo de una de sus tetas. Paré un segundo, dubitativa, y seguí subiendo mi mano, con la yema de mis dedos hice círculos alrededor de su pezón, y cuando sentí que se ponía duro abrí la palma de mi mano y la llené de su teta izquierda mientras que mi mano izquierda empezaba a jugar con la cintura de su pantalón.

—Chicas, ¿están bien? Si están bien tienen que ir saliendo del baño. —No, no podía ser. No podía ser que justo en ese momento la señora pidiera que liberáramos el baño. ¿A quién carajos se le ocurría tener que mear en ese momento? Me quería matar. Miré a Leti en un gesto de disculpas, pero la noté rara—. ¿Chicas?

—Sí, sí, ya salimos, es que mi amiga se sintió mal —mentí. Miré a Leti y le susurré—: Leti, ¿qué te pasa? ¿Vos estás bien?

—Me pasa que no entiendo, boluda. Me gustás, pero no entiendo cómo funciona esto. ¿Se supone que yo también te tenía que apretar una teta? No entiendo nada, Pili.

—No sé, no tengo ni idea. Solo sé que no dejo de pensar en vos.

No la culpé por pensar eso, la realidad es que a mí también me había resultado raro tocarle la teta, apretarme contra su cuerpo y no sentir un bulto contra mí. Pero después del primer impacto, después de romper con lo conocido, me gustó. Mucho.

—Chicas, de verdad tienen que salir. —Una vez más la señora interrumpiendo lo que no tenía que interrumpir.

Abrí la puerta y la miré con ganas de matarla; sabía que era su trabajo, pero igual tenía ganas de matarla. Le agarré la mano a Leti y salimos del baño. Esa noche dormimos juntas. No volvimos a hablar del beso ni de lo que sentíamos, no era necesario con la energía que había entre nuestros cuerpos en esa cama. Después de esa noche empezamos a vernos fuera de práctica, tomábamos mate, nos abrazábamos y de vez en cuando nos dábamos algún beso. No entendíamos mucho lo que nos estaba pasando,

pero me encantaba. Me encantaba ella sobre todas las cosas y la gente lo estaba notando, mis amigas lo estaban notando.

—Pili, ¿se puede saber con cuál de todos tus chongos te hablás, que estás tan contenta?

A Flo no se le escapaba una.

—Emm... con ninguno. ¿Vos en qué andas con Pablo? —Intenté zafar rápido del tema.

—Dale, no te hagas la boluda. Contanos.

—Bueno... en verdad estoy empezando a salir con alguien, es complicado, pero estoy copada.

—Ahhh, te lo tenías bien guardado, eh. Dale, contá. —Clari ya se había sumado a la conversación mientras me cebaba un mate.

—¿Por qué es complicado? Siempre en líos, vos, eh. —Genial, otra más que se sumaba.

—Hace un mes nos conocimos, pero después les cuento bien, es difícil.

—¿Es casado?

—¿Estás embarazada?

—¿Es el ex de alguna conocida?

—Dale, boluda, contá, dejate de misterios.

Me puse a llorar. Así, sin más, empecé a llorar. Mis amigas no entendían un carajo lo que estaba pasando.

—Pará, Pili, te estábamos jodiendo, amiga. Te vamos a apoyar en lo que sea, pero contanos.

—Chicas, lo que pasa... —Era difícil hablar entre llanto, cuando te atragantás con tus propias lágrimas y terminás hipando como una boluda—. Pasa que no es un pibe, es una mina.

—Pili, ¿vos sos boluda? ¿Qué tiene eso de malo? Está perfecto, amiga. ¿Vos estás feliz?

—Más que nunca.

—Entonces no jodas, pensamos que estabas embarazada, boluda, eso sí nos preocupaba.

Clari se persignó después de decir esas palabras y estallamos todas en una carcajada. Al final, la cosa no era tan grave como había pensado, las

respuestas de todas mis amigas a las que les fui contando fueron las mismas, pero a pesar de eso no podía dejar de llorar. Solo después de que se lo conté a la decimoquinta amiga pude hacerlo sin llorar.

Las cosas con Leti iban bien, a veces nos costaba más, pero iban bien. Hasta que empecé a sentirla rara, distante.

—Leti, a vos te pasa algo, ¿no?

—No, Pili, estoy bien.

—Dale, boluda, mirame. ¿Qué te pasa?

—Que no puedo más, Pili, no puedo más. —Levantó la cabeza y estaba llorando—. No puedo más con esto, con vos. Yo no soy así, a mí me gustan los pibes, a mí no me puede gustar una mina. Está todo bien, pero no es para mí.

—¿Vos me estás jodiendo? ¿Ahora me venís a decir esto? —La miraba, pero ella se escondía entre sus manos, miraba para otro lado, no me miraba a mí—. ¿Estás saliendo con aquel boludo?

—Sí, estoy saliendo con Martín. —Y ahí de nuevo el nombre. ¿No se daba cuenta de que me importaba un carajo que se llamara Martín? Para mí era el boludo y siempre iba a ser el boludo—. Pero podemos ser amigas, no te quiero perder.

—Por qué no te vas bien a la mierda.

Nunca había llorado tanto como lloré esa semana por Leti. Había algo en mí que se había roto. Después de unas semanas, pasó lo que desde un principio sabía que era inevitable. Leti y yo de nuevo juntas, pero de una forma bizarra, tóxica. Ella seguía saliendo con el boludo y viéndome a mí, yo había vuelto a salir con Leo, creo que más que nada lo hacía para mostrarle a Leti que yo también podía hacerle lo mismo.

La realidad es que durante esos meses lloraba, lloraba mucho. Estaba llena de inseguridades, de culpas, de confusiones. Sabía que sentía todo por Leti, pero no terminaba de entender por qué con Leti, por qué no podía ser como mis amigas, por qué tenía que enamorarme de una mujer. Sentía vergüenza de quien era, sentía vergüenza de amar a quien amaba. Hice mi mayor esfuerzo por reprimir lo que me estaba pasando, por refugiarme en Leo, pero no podía, y, aunque tenía miedo y vergüenza, no

era tan boluda como para dejar ir a quien amaba, como para no serme fiel a mí misma.

Con Leti estuvimos un mes más de esta forma medio bizarra, viéndonos con ellos, pero pensando solo en nosotras.

—Leti, esto es una mierda. Yo así no sigo más. Es él o soy yo, pero así solo nos estamos haciendo mierda.

Tenía sus manos en las mías, la miré a los ojos, buscando ahí la respuesta. Necesitaba que se la jugara por mí, necesitaba el empujón y la fuerza necesaria para seguir con esto.

—Tenes razón, Pilar, yo te quiero a vos.

Se acercó a mí y empezó a besarme. Su lengua acariciaba esporádicamente la mía. Necesitaba hacerle el amor, no sabía cómo, pero necesitaba hacerlo. La empujé con delicadeza en el sillón y me posé sobre ella para besarla. Le besé el cuello mientras que con mi mano derecha acariciaba sus tetas por arriba de su remera y con mi pierna ejercía cierta presión en su entrepierna, acompañándolo con movimientos suaves y rítmicos. Con mi mano empecé a jugar sobre su vientre y fui tocando cada parte de ella, le saqué con cuidado la remera y el sutién. Estaba tan hermosa así desnuda, mágica, siendo ella. «Te quiero hacer el amor», le susurré al oído. Empecé a bajar con mi boca por todo su cuerpo, primero sus hombros, sus tetas, con la punta de mi lengua hice círculos alrededor de sus pezones y los succioné suavemente, seguí bajando por su vientre, recorriendo con mi lengua su piel. Antes de desprenderle el cinturón levanté la vista y la miré, en busca de permiso. Hizo un leve movimiento de su pelvis: era la señal que buscaba. Le bajé *los jeans* y con más cuidado la bombacha. La observé por un segundo, había estado esperando ese momento desde que nos conocimos. Me acomodé en el sillón bajando un poco más y comencé a pasar mi lengua por su pelvis, acercándome a sus labios. Los acaricé suavemente y comencé a hacer círculos en su clítoris mientras que con mis manos alcanzaba a acariciar sus tetas. Sentía los gemidos de Leti y sus movimientos rítmicos acompañados por los movimientos de mi lengua. Sus movimientos se volvían cada vez más rápidos y sus gemidos más fuertes, yo estaba extasiada, no podía dejar de acariciar todas sus partes,

sentir su sabor en mi boca me excitaba todavía más. Los músculos de Leti se empezaron a tensar, contrajo sus nalgas, su cuerpo empezó a temblar, rígido, con todos los sentidos en alerta, más tensos, más duros, pude sentir la fuerza de su cuerpo aguantando el orgasmo hasta que cedió. Todos sus músculos se relajaron en consecuencia del orgasmo. Hicimos el amor toda la tarde, tensando y relajando nuestros músculos hasta quedar agotadas.

Los siguientes meses los pasamos juntas, en un vaivén de emociones. En mí se había instalado el miedo. El miedo a lo que podían decir o pensar las personas que me rodeaban, pero sobre todo a que Leti no pudiera seguir con lo nuestro, a que el hecho de amar a una mujer la volviera a sobrepasar. Pero el tiempo no se detiene, aunque nosotros estemos en un mambo; el tiempo se acopla a nuestro caos, nos remueve, no nos da espacio para descansar, nos obliga a seguir día a día. Parece ser que al tiempo le importa una mierda que tu cabeza sea un mambo, que un día no puedas cargar ni con tu propio cuerpo, que un día la fuerza no te dé para seguir adelante. Él sigue ahí, pisándote los talones en todo momento, diciéndote acá estoy, sigo pasando y me importa un carajo si vos querés desaparecer de todo, si vos querés dejar de existir por un rato, acá estoy yo, para mostrarte lo imposible que es eso, así que levántate de ahí y enfrentame, enfrentate. Y eso fue lo que hice, lo que hicimos. Enfrentamos lo que nos estaba pasando de la mejor forma que pudimos. Poco a poco íbamos dando pequeños pasos, que para nosotras eran gigantes, deconstruyéndonos, empoderándonos.

Para ese entonces, salir del clóset con mi familia había pasado de ser una posibilidad a una necesidad. Necesitaba sentir el apoyo de ellos en lo que me estaba pasando, quería que conocieran a Leti, que pasaran tiempo con ella. Quería tener una relación de pareja como cualquiera, poder vivirlo desde el ámbito familiar. Pero la salida del clóset fue una tremenda caída. Representó mi primer grito de auxilio, de ayuda, de querer mostrarme como era, de querer dejar de mentir; por primera vez fui sincera con mi familia con lo que estaba pasando, jugué todas las cartas, pero la jugada se volvió en mi contra, y lo que al principio empezó siendo un alivio,

se convirtió en un infierno. Mi casa rápidamente dejó de ser mi casa, pasó a ser un campo de batalla en el que día a día tenía que intentar sobrevivir. Los ataques por mis elecciones se convirtieron en rutina; el desprecio, el rechazo, la discriminación. Mi madre se convirtió en mi enemiga, no había forma de que cambiara su actitud; el miedo a lo distinto la superó. Leía mis cuadernos de anotaciones, revisaba mi celular, amenazaba con decirle a los padres de Leti sobre nosotras si no dejábamos de vernos, me mandaba constantemente mensajes insultando a Leti, buscando la forma en la que terminaríamos.

Para ese entonces, Flo se fue de viaje y me dejó las llaves de su apartamento para que me mudara por ese mes, para que encontrara un poco de paz, una tregua. Pero es real eso de que nosotros mismos buscamos lo que nos hace mal y nos convertimos en adictos al dolor. Por fin tenía mi espacio, mi forma de burlar el paso del tiempo y encontrar eso que estaba necesitando para aclarar mi cabeza. Pero no dejaba de llorar. El rechazo de mi familia había generado un dolor tan grande en mí que no tenía cómo curarlo. Me sentía chica, minúscula, sin las fuerzas necesarias, capaz de romperme al mínimo tacto. Cuando Flo volvió, el volver a mi casa fue una satisfacción para mi parte masoquista y una traición a la Pili que buscaba libertad y paz. Con el paso de los meses, la situación fue empeorando aún más. Leti salió del clóset con su madre y, aunque la reacción no fue la misma, fue similar: una mierda. Más rechazo, más incompreensión. Se acercaba el invierno y teníamos que buscar una forma de vernos, un lugar donde poder estar juntas, donde seguir conociéndonos, ser nosotras.

—Leti, estaba pensando y va a ser imposible seguirnos viendo en el parque, nos vamos a re cagar de frío.

—Ya sé, Pili, podemos ir a un café, o no sé. Esta situación es una mierda, al final era mejor cuando decíamos que éramos amigas.

Nos abrazamos, porque al menos nos teníamos la una a la otra, teníamos nuestro amor que luchaba para sobrevivir a toda la mierda que lo rodeaba y que lo iba ahogando más, cada día un poco más.

—Igual, ya encontré la solución —sonreí y saqué de mi bolsillo dos llaves—, ¿sabés lo que es esto?

—¿Dos llaves?

—Dale, graciosa, son las llaves. Mirá, hay un apartamento por acá cerca, que era de mi abuelo. Está vacío, como mucho tiene unos almohadones, pero es mejor eso que cagarnos de frío en una plaza, ¿no te parece?

Ese apartamento se convirtió por un tiempo en nuestro salvavidas, en la forma de no ahogarnos en todo lo que estaba pasando. Nos pasábamos horas ahí, disfrutando de nuestra compañía, pero atentas, siempre atentas a escuchar pasos, a las llaves en la cerradura, a la posible entrada de mi viejo en cualquier momento. Convertimos ese apartamento en nuestro, todo lo que teníamos eran unos almohadones viejos y una mesa ratona, pero eso nos alcanzó para ser felices por lo menos por un tiempo. Eso nos permitió por primera vez en ocho meses dormir una noche juntas, abrazadas, amándonos.

Me gustaría decir que la relación a pesar de todo iba mejorando cada vez más y que todo lo que estaba pasando no hacía más que unirnos, darnos fuerzas para seguir luchando, pero estaría mintiendo. La realidad es que la relación se iba contaminando cada vez más con la mierda que la rodeaba; el amor estaba, eso sí, pero no siempre es suficiente. Lo aprendí con Leti.

Llegó el verano y el viaje de Leti se acercaba. Un mes a Europa, dos semanas a un seminario en España. Al seminario iba el boludo, el boludo que siempre había permanecido ahí, de fondo, molestando. Para Leti era su mayor esperanza de volver a la normalidad, su conexión con lo que había sido y todavía no podía soltar del todo; para mí, la personificación de todas mis inseguridades.

Antes de que se fuera, yo ya sabía que ese viaje iba a terminar de rompernos, lo sentía, y, aunque algunas veces me gustaría no tener ese sexto sentido, la realidad es que nunca me fallaba. Lloré antes de que se fuera, lloré mientras estaba allá. Era como una práctica para lo que se me venía, la vida misma diciéndome: «piba, preparate para lo que se te viene». Pero una nunca está tan preparada, aunque las señales sean claras, aunque el final sea cantado e inevitable, aunque ya lo sepas incluso antes de empezar; nunca, nunca se está preparada para darse la jeta de lleno en el piso,

para sentir el corazón haciéndose mierda, y no, no en pedacitos, mierda con todas las letras.

Leti me había cagado en el viaje con el boludo, no una, no dos, tres veces se lo había cogido. Y no, no volvió con la culpa matándola, volvió para mentirme, para mirarme a los ojos y jurarme que no, que no había estado con el boludo. Tardó ocho meses en confesármelo, ocho meses de soledad en los que me preguntaba por qué carajos no había sido suficiente para ella, ocho meses sin poder entender por qué no se la había jugado por mí como yo por ella, ocho meses de mentiras.

Mi madre me vio durante meses llorar por Leti, a veces un llanto suave, tímido, otras veces un llanto fuerte, un llanto que me rompía al medio, me dejaba sin aire, me sacaba todo resto de mí. Al principio podía ver cierto brillo en la mirada de mamá; no es que le gustara verme hecha mierda, era el brillo de la esperanza volviendo a ella, la esperanza de que volviera a la normalidad, de que me olvidara de que me gustaban las minas y volviera a ser una piba normal. Con el paso de las semanas y los meses ese brillo se fue, se fue al notarme ausente. Mi cuerpo estaba en los lugares, pero yo no estaba. Tuve que perderme a mí misma, tuve que no reconocermme en mi cuerpo, tuve que estar en la más dura de las soledades para poder empezar a reconstruirme. Poco a poco fui empoderándome, en mi autoestima, en mi empatía y en mi sexualidad. La Pili de antes de Leti ya no existía, tampoco la Pili de Leti. Era una nueva Pili, una Pili que había conocido por su propia experiencia lo que se sentía estar en el fondo, una Pili que había perdido a su familia por un amor que la había terminado cagando, o eso creía. Me costó mucho darme cuenta de que Leti era parte de la historia, pero no la historia. La historia era yo, no había perdido a mi familia por Leti, los había perdido por ser fiel a mi propio sentir, a mí misma, y estaba orgullosa de haber luchado por eso. Mientras estaba en la mierda, la situación en mi casa había mejorado, supongo que verme destruida le había alcanzado a mi madre como bandera blanca, sabía que no tenía fuerza para más batallas. Pero cuando empecé a reconstruirme, cuando empecé a empoderarme, las cosas se volvieron a ir a la mierda.

—Pilar, ¿se puede saber qué estás haciendo vos de tu vida? —Mis padres

me habían acorralado a la hora de la cena en lo que terminó convirtiéndose en un interrogatorio.

—¿De qué hablás, mamá?

—Hablo de que te vieron, Pilar, te vieron en un baile en pedo y con una mina. ¿Quién carajos es? Decime quién es. ¿Ahora está decretado? ¿Te gustan las minas? ¿No habías vuelto a salir con hombres, vos? Pilar, me vas a matar, cómo te vas a exponer así, Pilar.

—¿De qué carajos me hablás, mamá? No tengo que darte ninguna explicación. Si quiero estar con una mina, estoy con una mina; si quiero estar con un pibe, estoy con un pibe.

Esta vez no había ninguna culpa en lo que le estaba diciendo, no existían las ganas de justificarme, no tenía nada por lo que hacerlo.

—Estás hecha una promiscua, me das asco.

No pude evitar cagarme de risa en su cara.

—Y vos una pelotuda, mamá. —Me di media vuelta y me fui al cuarto.

Me pasé horas pensando en quién me podría haber visto, quién había ido a contarle a mi vieja que estaba con una mina, hasta que me di cuenta... Fui a buscar mi cuaderno y ahí lo encontré, lo que había escrito sobre esa noche era lo que me había dicho mi madre. Me había leído mi cuaderno, qué hija de puta. Ese día me di cuenta de que tenía que hacer algo, por ella, por la familia, pero sobre todo por mí. Me puse a buscar un apartamento, irme de casa iba a ser la solución, la guerra en la que estábamos viviendo solo iba a terminar de destruirnos y, sobre todas las cosas, de destruirme. Ya no estaba dispuesta a soportar ese infierno, ya no estaba dispuesta porque ya no creía que lo mereciera, ya no lo justificaba, ese sentimiento se había ido con la antigua Pilar.

—Mamá, por favor, terminala. No soporto más esto, si sigue así me voy a tener que ir. Por vos, pero sobre todo por mí, ma. Perdón, pero es así.

La miré con esperanza, era el último intento para que reaccionara, para que se diera cuenta de que me estaba perdiendo por el simple hecho de gustarme las minas.

—¿Me estás amenazando? No seas ridícula, querés. —Me miró desafiante, pero en sus ojos podía ver el miedo que estaba teniendo; los ojos

nunca mienten, y esa vez tampoco lo hicieron—. Vos no te vas a ir; si querés irte, andate, pero sé que no te vas a ir.

—Si esto sigue me voy a ir, mamá.

Y me fui, nomás. Un mes después estaba escapando de mi casa, o de mi infierno, ya ni sabía. Mis amigas estuvieron ahí en todo momento, apoyándome, ayudándome con la mudanza, dándome fuerzas. Pero la realidad es que cuando llegaba el momento, ellas volvían a sus casas, con sus familias, y yo me quedaba ahí, sola. No me fui porque quise, me fui porque era la única forma de sobrevivir, no hubiera aguantado seguir en ese lugar por mucho tiempo más.

Los primeros meses fueron malos, muy malos. Muchas noches me desperté de madrugada, llorando, solo quería llamar a Leti y a mi madre, pero no a la Leti que me había cagado, pero no a mi madre que me estaba haciendo la vida imposible. Quería que me extrañaran, que me buscaran, que se quedaran. Pero nada de eso pasó. A Leti la llamé solo un par de veces, en las madrugadas que no podía más, que la fuerza no me daba para seguir. Pero nunca vino a acompañarme, nunca vino a cuidarme. Siguió la distancia, la indiferencia. A mi madre la llamé un poco más seguido, en el fondo todavía tenía esa esperanza en ella, esa necesidad de volver al amor de la infancia, el que ya no tenía. Pero ella nunca vino, la respuesta fue siempre la misma: «vos decidiste irte, Pilar; si querés podés volver, pero yo no voy a ir».

Esas madrugadas me enseñaron que la única que podía salvarme era yo misma, que no importaba cuánto lo pidiera, cuánto lo quisiera, nadie más iba a salvarme. No existía eso del amor eterno, del «voy a estar con vos pase lo que pase», no. Cuando llega la mierda, cuando llega el vacío y estás en el fondo, casi sin salida, con el agua hasta la nuca, la única que puede nadar sos vos. Y así fue como aprendí a nadar, no me quedó otra opción, nadie me preguntó si lo quería, solo lo tuve que hacer. Pero aprendí a nadar, me volví una experta en eso, y así fue como fui saliendo. Aprendí qué batallas pelear y cuáles no tiene sentido hacerlo, no porque la otra persona las pueda ganar, sino porque esas batallas no tienen un perdedor y un ganador porque son ellas las ganadoras. Dejan a cada parte hecha

mierda, sin poder salir del fondo. Ambas partes son engañadas, creyendo que tienen alguna posibilidad de ganar, pero el final ya está marcado antes de empezar.

Con el paso de los meses la soledad de mi casa dejó de ahogarme, ya no me asfixiaba, empezaba a gustarme y a encontrarle lo mágico de reencontrarse en el silencio, en la compañía de una misma. En esa época fue cuando conocí a Juliana. Juliana era todo lo que estaba bien. No tenía vergüenza de quien era, no tenía miedo de aceptarse a sí misma, me cagaba de la risa con ella y, como si todo eso no fuera suficiente, estaba divina. Pero tenía algo, un único defecto, que en verdad no era de ella —yo se lo había adjudicado en mi egoísmo de pensar que eso pudiera definir a alguien que no fuera a mí misma—; la realidad era que desde un principio sabía que no me iba a enamorar de Juliana. Me encantaba pasar el tiempo con ella y no me interesaba conocer a nadie más, pero no me iba a enamorar. Ya hacía más de un mes que nos estábamos viendo con Juliana cuando volví a ver a Leti. Después de meses volvía a ver a Leti. Nos vimos en una salida con las chicas del *hockey*. Yo había dejado de jugar en un intento de disminuir un poco mi grado de masoquismo. Esa noche tomamos unas cervezas y después fuimos al boliche que estaba a dos cuadras de la cervecería, pero la realidad es que yo ya estaba cansada y no tenía más ganas de estar en el mismo lugar que Leti, no porque la extrañara, no porque me hiciera mal, solamente ya no me interesaba, entonces me fui.

—¿Ya te vas, Pili? —Se notaba que estaba en pedo.

—Sí Leti, ya me voy, lindo verte, espero que termines bien.

Le di un beso en el cachete y empecé a caminar hacia la puerta, cuando sentí que me tiraban del brazo.

—Pará, no te vayas, quedate.

—No, Leti, está mi taxi afuera. Ya me voy.

—De verdad, por favor, quedate, quiero hablar con vos. —Vi cómo sus ojos empezaban a nublarse, y la primera lágrima cayendo: estaba llorando. Mierda, lo único que me faltaba—. No te vayas, Pili.

—¿Sabés lo que pasa? Pasa que ya no creo nada de vos, Leti. No creo en tus lágrimas, no creo ni siquiera que me hayas querido en algún momen-

to, y mucho menos ahora. —Verla llorar no me provocaba nada, era increíble, pero no me cambiaba en nada verla así—. Dejame pasar, por favor.

Salí del boliche y Leti me empezó a llamar, me mandó mensajes, ignoré todos sus llamados. Al otro día cuando me desperté tenía quince llamadas perdidas y varios mensajes más. Leti había estado una hora en la puerta de mi casa, tocando timbre y llorando en la soledad de una puerta que no se abría, que no iba a abrir.

Unas semanas después me pidió por favor que nos juntáramos a hablar. No sé si fue por respeto a lo que fuimos, a lo que fue para mí y lo que sentí por ella, o parte de mi sexto sentido poniéndose en funcionamiento una vez más, pero le dije que sí. Estaba segura de lo que iba a escuchar, que me amaba pero no podía enfrentarse a lo que eso significaba, que no podía estar sin mí pero tampoco conmigo. Que en todo este tiempo no me había olvidado, pero tampoco quería volver conmigo porque sabía que me iba a terminar lastimando. Podía imaginarla en mi cabeza diciendo cada palabra, sus gestos al decirlo, sus falsas lágrimas. Estaba segura de lo que le iba a decir; esta vez yo estaba distinta, fuerte, y la iba a mandar a cagar. Pero Leti no dijo nada de lo que creí que iba a escuchar.

—Pili, sé que fui una mierda con vos y nunca mereciste nada de lo que te hice. Sé que di mil vueltas en las que te lastimé, y también me lastimé a mí, no creas que no. No pude aceptar el hecho de que te amaba, no me quise lo suficiente como para estar con vos. Pero acá estoy, no puedo soportar la idea de perderte por cagona, no puedo perder al amor de mi vida por esto. Pili, si vos me dejás, voy a volver a enamorarte, voy a demostrarte que todo lo que quiero es estar con vos, que te amo como nunca amé a nadie, y que estoy lista, esta vez estoy lista para pelear contra todo por estar con vos.

Puta madre, no me esperaba que me dijera nada de eso. ¿Dónde estaban todas las mierdas que estaba preparada para escuchar?

—Yo estoy bien así, ¿sabés? Mi prioridad es estar bien, tranquila, no quiero más tus mambos en mi vida, Leti, tus idas y vueltas, tus indecisiones, todo eso ya pasó para mí. —Estaba hermosa esa tarde, con el sol cayendo y reflejándose casi mágicamente en su cara. Pero había sido sufi-

ciente para mí—. Ya está, Leti, no da para más.

—Pili, ya no soy la que fui, estoy segura de que me la quiero jugar. Mirame a los ojos y decime que ya no me amás, que no querés volver a intentarlo una vez más. No puedo jurarte que vaya a funcionar, pero sí que te voy a cuidar y amar como siempre debí haberlo hecho.

Hace seis meses que volvimos a estar de novias con Leti. Ella ya no es la Leti que conocí, aprendió a quererse por quien es y a aceptar cada parte de sí misma. Día a día la veo luchar por esto que siente, empoderarse poco a poco en el valor que tiene y en su sexualidad. Ya no esconde al mundo quién es, ahora la veo pelear por la libertad de poder mostrarse. Yo ya no soy la que fui, ya no siento culpa de sentir lo que siento, ya no siento la responsabilidad de tener que explicar por qué siento esto. Vivo mi sexualidad con orgullo. Con el orgullo de saber todas las batallas que tuve que pelear para estar acá y por todas las que todavía me quedan; con orgullo de saber que estuve en lo más profundo que se puede estar y me levaté, más fuerte que nunca, con más ganas de luchar, de vivir, de ser Pilar, sin restricciones, normas sociales que me limiten ni expectativas familiares para cumplir. Hoy, esta Pilar camina por la calle de la mano de su novia, con la cabeza en alto, llena de amor por todo lo que tuvo que vivir, desde lo más mierda hasta lo más lindo, una Pilar que día a día se empodera en un colectivo que lucha por vivir a su manera, que tiene que luchar día a día por visibilizar su sexualidad, su amor.

No está más naturalizado una pareja de tortas que una de gays, simplemente estamos sexualizadas, les calienta ver a dos minas juntas. No les molesta verme chuponear en el boliche con mi novia porque eso los excita, porque muchos todavía se creen con el derecho de querer meterse entre nosotras, muchos todavía conciben las relaciones sexuales de forma falocéntrica, creen que falta un pito en la relación, que por pura coincidencia siempre termina siendo el de ellos. Hoy, con el orgullo en la piel, más que nunca siento la fuerza de esta revolución en mí, de seguir mi propio instinto y mi sentir. Hoy más que nunca quiero visibilizar mi verdad y la de mi colectivo, visibilizar para entender, visibilizar para empatizar, visibilizar para luchar juntas con más fuerza que nunca.

03

LA NOCHE QUE FUI EL PEOR DE LOS TIPOS

ANDREA RODRÍGUEZ MENDOZA

En una fiesta carente de señores que me generaran algún mínimo torbellino erótico, estaba ella.

Ya la conocía de instancias mucho menos festivas y con mucha más iluminación, y toda mi atención había revoloteado alrededor de algo así como la segunda señora que me generaba tales vientos huracanados en la historia de mi —hasta el momento— hetero existencia.

Siguiendo de forma inconsciente el cliché de la belleza *made in Disney*, y mientras nuestros cuerpos se contorneaban al ritmo de bonitas aberraciones musicales de la índole de Alcides, me pregunté cómo sería sexualizar con la rubia de ojos azules que bailaba frente a mí con ese vestuario particularmente bello, que en varios momentos de la noche me detuve a pensar me hubiera gustado fuera parte de mi placar.

La noche creció y se hizo adolescente. Las canciones bizarras se fueron amontonando casi como los vasos que compartimos. Su voz y ese nombre artístico italiano generaban que el aire no dejara de arremolinarse en aquel sillón destartalado de una terracita repleta de humos y charlas ajenas que a ninguna de las dos parecían afectar.

Entonces, casi como si tuviera un Pepe Grillo cachondeador parado en

mi hombro, fueron esos labios color violeta cabernet y el perfume del cigarro de miel y guaco que prendió los que terminaron de empujar balcón abajo cualquier tipo de duda con respecto a mis ganas de reducir los pocos centímetros que nos quedaban por acercar.

Mi racionalidad sitiada por tanto afán de accionar se tropezó con una horda de interrogantes que cuestionaban impacientes cómo sería el emprender con éxito la conquista de una mujer, cómo avanzar sin atropello, qué hacer y cómo..., y antes de que aún más preguntas ocuparan nuestro conquistado sofá, sin preámbulo alguno le robé un beso ante la unánime y desconcertada mirada de mis amigos, así, sin preguntarle nada, pateando una puerta y llevando a cabo todo un copamiento de libido invasiva.

Sí, señoras y señores, por primera vez en mi vida y con la sensación de adentrarme en lo más profundo de mi ser inexplorado, sin querer actuar como un idiota barbudo en el cuerpo de una pelirroja, estaba chuponeando con la rubia más linda de la fiesta y no tenía idea de cómo seguir...

En menos de una hora, la botella de vino que me recorría el cuerpo, el miedo de ser la peor brindadora de placeres lesbianos, la imagen aterradoradora de la cara de mi vieja si se enteraba, ella y yo subimos a su auto y llegamos al fantástico universo de sombreros en su hogar.

Lo que siguió: como un Hulk etílico me convertí en el peor de los señores. Un sexo paupérrimo en el que creo que me caí y me dormí, yo balbuceándole innecesariamente un «es la primera vez que me GARCHO a una MINA», y lo más terrible: los mensajes de los días siguientes que nunca contesté o que respondí con las evasivas *random* más utilizadas en cualquier huida cobarde ante el miedo terrible a mis rincones más reales que lo estaban enredando todo. El silencio como murito detrás del cual una someramente se esconde.

El tiempo siguió caminando, mi sexualidad siguió expandiéndose y mi corazón también fue creciendo, pero nunca me animé a golpearle otra vez la puerta, ni siquiera con un mensaje.

Tal vez, si alguna vez lee esta ensalada de recuerdos confusos y declaraciones avergonzadas detrás de las cuales también me oculto, pueda ente-

rarse de que a mi regreso de esa hazaña matinal de localizar con urgencia y caminando en pelotas —por una casa en la que desconocía el número de habitantes— la ubicación del baño, no pude evitar el suspiro al quedarme mirándola dormir y sentir que era la mujer más bella de todos mis mundos y aledaños, ahora reales y tangibles.

Como amante efímera fui la peor de su especie, fui el peor de los señores: los que más odio, de esos que cruzan la calle para no saludar, de esos que desaparecen, de esos que se quedan con el deseo errante de caricias y de amores por miedo, de esos que ni si quiera se animan a pedir PERDÓN.

04

INEXISTENTES¹

ANDRESSA BRAUN

Como estamos hechas también de dolores, les hablaré sobre los míos y sobre la (des)atención médica que recibí a lo largo de los casi veinte años que son parte de mi vida. Como los dolores son propios de toda la región «reproductora» y más, también les hablaré, claro, de mi sexualidad y su inexistencia en esta trayectoria.

A mis tempranos dieciocho añitos, tras iniciar mi vida sexual con un chico un poco mayor que yo —como hicieron la mayoría de mis amigas—, me retorcí de cólicos por unas dos horas y acabé por empapar de sudor el sofá cama del apartamento de la playa de mi familia, en Piçarras, norte de Santa Catarina, en Brasil. En aquel momento, nada se habló al respecto, pero hoy, mirando hacia atrás, tengo claro haber tenido un aborto espontáneo en aquella oportunidad. Tras ese par de horas, de las más dolorosas y desesperantes, fui al baño, y allí estaba, la regla, pero no como las otras veces que me acompañó desde la temprana edad de once años. Esta vez, la sangre era espesa y dejaba flotar trocitos rojos oscuros en el agua del váter.

Mi hermana, a punto de recibirse en Medicina, estaba conmigo, tam-

1. Andressa Braun es periodista, maestranda y bisexual.

bién mi madre, que se preocupaba, pero se hacía la desentendida de lo que pasaba. Mi hermana lo entendió, hacía muchas preguntas, me cuidó. Pero nunca más, pasados más de veinte años, recordó aquel día o hizo mención ni lo relacionó con la enfermedad por la que «me siguen investigando», sin diagnóstico conclusivo. Lo primero y único que hizo mi hermana, tras el supuesto aborto —y así por años—, fue entregarme cajas de pastillas contraceptivas. Enseguida de lo ocurrido, se hizo también ginecóloga y obstetra.

Rápidamente, las hormonas contraceptivas me fueron «seduciendo». Adelgacé, me sentía súper «biónica» e inmune a los cambios del humor, variables según el ciclo menstrual para tantas mujeres. Tenía sexo con alguna frecuencia, sobre todo en la facultad, más por la diversión de tenerlo con el colega que me encaprichara y menos por el placer que me podría proporcionar. Raramente tenía orgasmos. Para ello, debía tener muuuuchas ganas —cosa que, de todos modos, muy puntualmente ocurría— porque suponía dar mucho de mí. Con las hormonas «controladas» y sin hacer las pausas recomendadas —me tomaba las pastillas diariamente—, tenía menos ganas todavía. Las tomo hace más de veinte años. Aunque, a medio camino, a los veintiocho años de edad, mi sexualidad, por fin, encontró respaldo en una mujer que, como yo con los chicos, se encaprichara conmigo.

Cabe decir que no era cualquier mujer, era la exnovia de un chico con quien tuve un *affair*, la que diez años antes me tenía feroces celos. También me encontraba desplazada en España, condición *sine qua non* para que todo sucediera. Marina fue la puerta de entrada a mis romances lésbicos y también a la concientización de que el tratamiento hormonal para los cólicos y fuertes dolores lumbares era una solución artificial y peligrosa. Le agradezco en silencio a Marina por nuestra historia y sus consecuencias, casi a diario.

Sin embargo, seguí lo que me recomendaba mi hermana ginecóloga por otros seis o siete años más. Cuando ya estaba en una relación más formal con una mujer, finalmente, tuve el valor de dejar las pastillas. El infierno se convirtió en el jardín de casa, plagado de dolores lumbares y abdomi-

nales más intensos, al punto de sentir temblar mis ovarios en la ovulación. Le pedí a mi hermana que me indicara unos exámenes, pruebas que hacer a fin de encontrar una solución alternativa al «tratamiento». Tras una ecografía, por fin, conocí el nombre de la supuesta enfermedad: adenomiosis. Pasaron tres meses sin pastillas, para volver a tomarlas. No podía aguantar los frecuentes dolores y cambios de humor.

La médica de la familia sentenciaba: «Eso pasa porque no tienes hijos, porque las mujeres tienen hijos cada vez más tarde. Por eso se enferman del útero, del ovario. El útero es para hacer un bebé o para dar problemas». La pareja endometriosis/adenomiosis es tratada en Brasil como un problema de fertilidad. Las mujeres con este diagnóstico no pueden mantener un embarazo, generalmente, y eso se convierte en su principal problema y el síntoma a combatir. Se deja a un lado el sufrimiento preexistente y persistente de las mujeres que padecen esas enfermedades, mucho más allá de la infertilidad.

Además, el tema se convirtió en un mercado lucrativo para los médicos que explotan los tratamientos de fertilidad en mujeres con endometriosis o adenomiosis diagnosticada. La clase media alta heterosexual en Brasil paga muy caro por ello. Mi hermana, aunque me pidió el examen, no se creyó el resultado, dijo que el laboratorio no era confiable y no le cuadraba que ella y mi madre fuesen mujeres sin problemas de esa naturaleza y yo sí.

Cuando me mudé a Montevideo, en marzo de este año, descubrí, tras contarle el problema al ginecólogo de la policlínica más cercana a mi casa, que en el hospital de Clínicas recién había abierto una unidad especializada en dolor pélvico. Para allí me encaminaron. Ya llevo realizados un examen de tacto, una ecografía y una consulta en clínica general y tengo agendados estudios de colonoscopia, tomografía computada y análisis de sangre. En ninguna de las oportunidades me preguntaron por mi orientación sexual. Ninguna. Siempre me preguntan por posibles embarazos, les cuento que quiero dejar las pastillas porque no tienen función contraceptiva y pueden causar otras enfermedades. Y, con todo, el interno de Medicina, al cambiar la prescripción de las hormonas —sí, sigo con ellas

mientras «me investigan»—, me alertó: «Podés quedar embarazada con esas pastillas, ¿sí?». Su tutor, un médico de más edad que me examinó, me sugirió la colocación de un dispositivo intrauterino (DIU), de acción local, mucho menos dañino que las hormonas orales. Asimismo, habiéndole contado de mi decisión de no tener hijos naturales, reiteró: «Si te interesa en algún momento tener hijos, lo sacamos y ya está».

El clínico general con el que consulté hace poco, también me preguntó al examinarme: «No estás embarazada, ¿no?». Le contesté, firmemente: «No lo estoy, no me relaciono con hombres». A lo que me volvió a preguntar: «¿Nunca?». Yo: «Bueno, sí, pero hace mucho tiempo ya». Y volvió a la lata: «¿No en los últimos tres meses?». Ya le había aclarado que, con el cambio de pastillas, en el intervalo entre una y otra, había tenido la regla. O sea, dispensable.

Con todo lo dicho, sigo en la búsqueda de un tratamiento menos dañino y potencialmente generador de otras enfermedades, que me asegure una mejor calidad de vida, como otros millones de mujeres en todo el mundo. Los casos de endometriosis o adenomiosis son subnotificados, tardíamente diagnosticados, equivocadamente tratados, ferozmente explotados por el mercado y, en mi experiencia, por lo menos, diría, directamente relacionados con nuestra sexualidad, lésbica o bisexual más que nada: inexistente, invisible, despreciada para toda una categoría médica, con raras excepciones.

El acceso a la salud orientada a la sexualidad lésbica o bisexual, en que esta no suponga un tabú, es un derecho de las que no quisimos o no pudimos tener hijos, de igual forma que lo es el derecho a la maternidad, independientemente de cómo se convierta en realidad.

05

EL AMOR QUE AÚN NO SE ATREVE

RELATO ANÓNIMO

Hace aproximadamente ocho o nueve años que tengo una amiga homosexual. Con el pasar de los años, ha aumentado mucho nuestra amistad, al punto de que pasamos el año 2018 prácticamente a la par: vacaciones, comidas familiares, cumpleaños, salidas, toques de bandas, ayuda en el estudio y el trabajo, entre otras actividades. Mis padres la querían como una hija más. La cercanía que teníamos era tanta que era difícil encontrarnos separadas. A medida que pasaba el tiempo, las dos fuimos sintiendo un cariño y amor diferente al de amigas, pero... yo, por miedo al qué dirán, no se lo hacía saber, y ella tampoco a mí, para que yo no me sintiera intimidada porque, hasta ese entonces, jamás había estado con una mujer.

Afortunadamente, luego de seis meses reprimiendo lo que sentíamos, llegó el día en que logramos estar por primera vez. Obviamente, empezó como chiste, y terminó siendo uno de los momentos más lindos para las dos.

Después de lo sucedido, conversamos una infinidad de veces, ya que me encontraba súper confundida; además de haber estado por primera vez con una mujer, que era mi mejor amiga, salía con un hombre bondadoso y comprensible. Los primeros meses, nuestra relación fue a es-

condidas de mis amigas, de la gente en la calle, del grupo de amigos que compartimos, de sus padres, de los míos también; de todo, básicamente. Éramos únicamente ella y yo.

Más adelante logré sacar un poco el miedo que tenía adentro y asimilé que lo que me estaba pasando era real: me estaba enamorando de mi mejor amiga. Llegó el momento de no esconderse más, de mostrarnos tal cual éramos. Pude contárselo a mis amigos, subir fotos en las redes y hasta decírselo al hombre con el que salía —que, como teníamos algunas diferencias, lo había dejado, y había quedado todo bien—. A continuación de asimilarlo, de mostrarlo y de sentirme cómoda con mi entorno social, se venía el peor momento: contárselo a mis padres. Era algo que debía hacer ya, por mí, por mi novia y por ellos también.

Por cuestiones laborales me encontraba fuera de Montevideo; por lo tanto, decidí escribirle un mensaje a mi madre contándole —de la «mejor» manera posible— lo que me estaba pasando. (En este momento se estarán preguntando por qué no se lo dije en persona... y la respuesta es clara: en mi casa siempre se manejó muchísima violencia, tanto verbal como física, y quería cuidarme.) La primera reacción de mi mamá fue clavarle el visto; a las horas, decirme que no podía manejar eso sola, que tenía que contárselo a mi padre.

Los insultos por mensajes y llamadas fueron miles, al punto de que en ese momento me ocasionaran un ataque de pánico, luego un desmayo y vómitos, de lo mal que me encontraba.

Apenas regresé a casa fue una batalla campal: mi padre me pegaba cachetadas, diciéndome que cómo podía gustarme una mujer, que era mentira, simplemente una moda, que a mí no me gustaba, que era todo culpa de ella; llegó a decir que me habían llenado la cabeza. Mi madre, a todo esto, lo seguía con insultos mientras revisaba en mi dormitorio y mi ropero buscando cuestiones que fueran de mi novia para luego tirarlas al contenedor o quemarlas (realmente no sé qué sucedió, pero dejaron de estar en mi dominio).

Cuando mi padre me soltó, me quedé encerrada en mi habitación durante una semana o dos, apenas yendo a la facultad y a trabajar, contro-

lada como una niña. Lo más feo y doloroso de todo esto fue que mi hermana de once años presencié ese episodio. Por fortuna, pude charlar con ella y me dio la respuesta que todos esperamos: no le importa con quién esté, mientras me encuentre bien; además, quiere muchísimo a mi novia.

Con respecto a mi padre, el destrato se apreciaba de diversas maneras: si cocinaba él, cocinaba para tres (cuando somos cuatro); si salía en la camioneta, solo salían los tres; si iban a pasear o a cenar afuera, lo mismo. Básicamente, se vivía de a tres. Fui totalmente discriminada.

Lo primero que me salió hacer fue hablar con mi jefa —que es psicóloga—, mi tía y mis suegros, que me dieron, desde su humilde lugar, gran cariño y apoyo y algunos consejos para sobrellevar esta situación tan desagradable. Fueron transcurriendo los días y logré platicar con mi mamá. A paso de tortuga, lo está aprobando. Sin embargo, sigue siendo levemente dominada por el pensamiento de mi padre, y calculo que eso es lo que le impide avanzar con su aprobación. En cuanto a mi padre, el logro fue nulo. Desde ese entonces no me habla, no me mira, no me dirige la palabra ni para cuestiones de convivencia. Para él, me morí.

Lamentablemente, aún no sabe que, si hay alguien que perdió acá, es él.

Estas cosas son difíciles de sobrellevar. Agradezco a mis amigos, que siempre me reciben con un abrazo y tratan de reconstruir a una persona que tiene el corazón roto, ya que, para mí, después de mi abuelo, mi papá lo era todo.

06

EN LA NADA HALLÉ MI TODO

GIOVANNA BELÉN

Cómo de la nada y por todo, por todo y de la nada, ese nada se volvió todo. Cómo de la rutina de una vida que parece que va a ser simple, y de la frase «jamás me va pasar», nació el descubrimiento de que aún no sabía lo que quería, hasta que me encontré...

Ser mujer es el honor más bello que tengo: saberme única y entender que amar es un privilegio, capaz no fugaz, de entrega a un todo por un nada que a veces puede ser una incógnita linda de descubrir. Y en ese descubrimiento me di cuenta de que los ojos que quiero ver, la sonrisa, las manos y la silueta que anhelo me cautive y me vuelva loca es la de un igual. De un ser como yo; o sea, una mujer.

Cuando entendí que jamás me había sentido tan viva como cuando asumí que amar a una mujer es la expresión de libertad más pura y loca que se me antojó vivir, y en contra de los prejuicios y las mentes pequeñas de aquellos que al verme viva quisieron matarme, me aferré más que nunca a mi sentir, a ese tesoro que había encontrado y me devolvió el arte que había ahogado. Me dio la chance de hacerme más valiente y la capacidad para aceptar los retos que no me había animado a asumir antes.

Jamás pensé que iba a aceptar mi sexualidad, cambiar y entender que

ser lesbiana no es una enfermedad o una culpa que te quieren inculcar, sino que es una expresión de amor como la de los hetero o los bisexuales. Es amor, el gran y jodido sentimiento que nos hace necios, que nos desnuda el alma, que nos deja vulnerables frente a ese ser que nos quita la poca coherencia que creemos tener.

Amo al ser en el que me convertí. Me siento orgullosa de saber que no me avergüenzo de tomar la mano de la mujer a la que amo y caminar a su lado, mostrándole al mundo que tengo todo, aunque para algunos sea nada porque no aceptan ese concepto de sexualidad, porque no lo entienden o porque, como yo en su momento, creen que nunca les va a pasar.

Agradezco el día que ella me hizo ver y entender lo que me hacía falta para sentirme completa. Vivía con ese vacío existencial de sentir que no encajaba, y no sabía por qué.

Pero hoy miro hacia el frente y sé lo que quiero. Me veo en esa silueta de mujer, llevando a cabo planes y proyectos, alcanzando sueños y formando un hogar de dos, teniendo ese todo de la nada y esa nada que lo será todo. Entendí que mi todo fue encontrarme y verme a mí misma más valiente que nunca, sin medir consecuencias o el reto en sí. Amé y lo volveré hacer cuando en este camino encuentre a mi mujer imperfecta pero ideal.

07

ALINA

INGRID MÜLLER

Tengo una amiga que se llama Alina. Ese es su nombre real. Primero pensé en cambiarle el nombre, en llamarla «A.» como hago cuando escribo sobre mi vida privada involucrando a una otra a quien no le pedí permiso para contar su historia. Pero después me di cuenta de dos cosas:

1. Alina es brasilera, así que probablemente nunca vea esto, y si lo ve, lo ignore, porque, aunque entiende español, no entiende mucho.
2. Si Alina efectivamente alguna vez ve esto y decide leerlo, simplemente se va a enterar de lo que le tendría que haber dicho yo hace mucho tiempo.

La primera vez que la vi fue en las sillitas del aeropuerto de Lima, justo antes de tomar un avión con destino Montevideo.

No sé bien qué me llamó la atención, por ahí fue su pelo negro en las raíces y rosado en las puntas, por ahí el *boyfriend jean* que siempre quise usar pero nunca me quedó bien, por ahí la mochila con esa tela peruana que me encanta, no sé, también puede haber sido que tenía puesto un gorro de esos redondos que usan las chetísimas, o capaz fue el *piercing* que tenía en el *filtrum* (obvio que aprendí cómo se llama el huequito ese entre el labio y la nariz por ella).

Yo venía de México y ella parecía venir de la fábrica de gente hermosa, pero ni idea dónde queda. Creo que en ese momento generé una situación incómoda para ambas, aunque no sé, capaz ella ni se dio cuenta, pero yo la miraba todo el tiempo sin estar muy segura de si quería ser ella o quería ser su amiga. Me generaba una admiración que no podía manejar, me era físicamente imposible sacar la mirada de su pelo, de sus ojos negros enormes, de su sonrisa, de que se sentó y miraba a la nada. A veces hacíamos contacto visual y yo me escapaba de sus ojos lo más rápido que podía, pero sin darme cuenta siempre volvía a recorrerla toda.

En ese momento, pensé: ojalá me toque al lado de ella en el avión, así podemos ser amigas, que es más fácil que transformarme en ella. Juro que pensé eso, «ojalá nos toque al lado en el avión». Y nos tocó al lado. Será casualidad, ni idea, pero para mí en ese momento fue magia. Cuando yo me subí, ella ya estaba sentada en el asiento del medio de los tres que quedan a la derecha del pasillo (o a la izquierda, según en qué punta del avión estés parada). Yo, como siempre, tenía la ventana, así que le pedí permiso y me senté en mi lugar. Debo haberle sonreído, pero creo que únicamente le pedí permiso para pasar. No soy tímida ni me cuesta entablar conversaciones, pero lo que sí me cuesta es darme cuenta de si la otra persona *está pa esa*. No me gusta ser la compañera de asiento densa que te charla todo el viaje cuando no tenés ganas de hablar. Pero con Alina sí estaba un poco nerviosa. Pensé en hablarle varias veces, pero al final desistí. Alina era demasiado *cool* para mí.

Cuando ya habíamos atravesado todas las nubes y hacia abajo solo se veía blanco, me quedé dormida. No sé bien cuánto dormí, pero yo calculo que una media hora, por lo menos, o lo que sea que demore una persona en entrar en el sueño profundo, y entonces me despertó una voz dulce y unos golpecitos en el hombro: «Do you want food? I got you some, just in case». Me costó entender qué hora era y dónde estábamos, pero apenas mi cerebro se despertó del todo sonreí y le agradecí agarrando la bandejita.

Ahí empezó la charla de siempre: de dónde sos, cuántos años tenés, de dónde venís y a dónde vas, qué estudiás, qué hacés los domingos de tarde cuando estás sola en tu casa y qué superpoder elegirías.

Creo que el punto máximo de mis deseos de transformarme en ella o ser su amiga fue cuando de aburrimiento nos pusimos a hojear la revista del avión. Las hojas las pasaba ella y mientras hablábamos mirábamos ambas páginas, la izquierda y la derecha, no había nada interesante, nunca frenó en ninguna página y nunca hubo nada que leer en profundidad o comentar al respecto. Sin embargo, al cerrar la revista, y de la nada, en medio de una charla sobre cualquier tema más irrelevante, ella me dijo: «en toda esta revista, ni una mujer negra ni una mujer gorda, parece que el mundo es solo para las rubias». Supongo que ahí fue que empezamos a hablar de feminismo. El feminismo nos une, nos hermana, nos hace sentir la complicidad de no estar solas. Como si nos conociéramos de otra vida o algo así.

Esa primera charla duró cuatro horas, pero yo perdí la noción del tiempo. Es verdad que el tiempo es relativo. Cada vez que siento que algo que hice fue demasiado rápido, que quince días es muy poco para estar enamorada, que cuatro meses es muy poco para mudarnos juntos, o que tres años es mucho para seguir extrañando, me acuerdo de ese vuelo. ¿Qué son cuatro horas?

También me acuerdo del ejemplo choto que nos puso la profesora de literatura en quinto de liceo: ¿qué son cinco minutos para el que está adentro del baño y qué son cinco minutos para el que se está meando afuera? El amor es eso: si tenés suerte, estás del lado de adentro, y, si no, estás afuera esperando que te dejen pasar o que eventualmente te hagas en la ropa y pases al próximo amor, porque siempre hay un próximo amor. Creo.

La cosa es que aterrizamos en Montevideo y ella seguía para Florianópolis. O para San Pablo. Ni me acuerdo. Lo relevante es que era lejos de Montevideo y mucho más lejos de mi casa. ¿Y cómo íbamos a hacer para ser amigas si vivíamos tan lejos?

Me fui del aeropuerto pensando en cómo hacer para mantener esa amistad. Me fui en bondi y pensé durante todo lo que dura avenida Italia en que ojalá funcionara su plan de irse a París a hacer un semestre, porque yo en Montevideo también estaba solo de pasada y en realidad vivía más

cerca de París que de Florianópolis o San Pablo.

Mis amigas me fueron a esperar a la parada y entonces bajando del 711 les conté que tenía una amiga nueva, que tenía el pelo rosado y que me lo quería teñir como ella, que tenía un montón de tatuajes todos parecidos a los míos y que ojalá la pudieran conocer, que ojalá viniera a Montevideo antes de que yo me fuera u ojalá ellas también pudieran ir a París.

Yo le había dado mi número, así que pasé toda esa tarde mirando mi celular a ver si Alina me escribía. Pasaron varios días y yo solo pensaba en formas de poder contactar a una persona a la que le diste tu número pero no te dio el suyo y de la que no sabés más que el nombre, y un poco me estaba volviendo loca. Al final, eventualmente mi celular vibró, y era ella. Me dijo algo como «holitas ini, tu número se quedó incompleto en mi teléfono».

Aparentemente, me faltó algo del 00598, pero ella lo averiguó y lo solucionó. Las siguientes semanas nos escribíamos casi todos los días, nos mandábamos fotos de nuestros gatos, nos mostrábamos nuestros nuevos tatuajes, escribíamos un poco en español, un poco en inglés. Un día me dijo que estaba leyendo un cuento de Cortázar, aunque no lo entendía mucho, porque la protagonista se llamaba Alina. Yo no lo conocía, pero entonces lo leí. Por esa época leía todo lo que Alina me recomendara y Alina leía todo lo que le recomendara yo.

Pasaron varios meses, y un día me contó que efectivamente se iba a París a hacer un semestre, entonces otra vez sentí la emoción de cuando recién nos conocimos, ganas inmensas de ser su amiga o transformarme en ella.

Me dijo que nos podíamos encontrar en algún lado en el medio y decidimos encontrarnos en Berlín. A mi amigo Camilo ya le había hablado un montón sobre Alina *mi amiga del avión*, le había mostrado sus fotos, sus tatuajes y las fotos de su gata. Entonces le pedí que me acompañara. «Estoy segura —le dije— de que Alina te va a caer súper bien», y empecé a enumerar todas sus cualidades.

Cami me escuchó, aunque ya sabía todo eso desde antes, y me dijo, mirándome muy serio, «pero ¿vos querés ser su amiga o te la querés coger?».

Recién en ese momento mi cerebro dejó de pensar y yo empecé a sentir.

Alina me gustaba, me deslumbraban su belleza, su personalidad, su forma de hablar, sus pasiones y su acento trunquísimo mientras hablaba español.

¿Cómo no me di cuenta antes? ¿Is this heteronorma? ¿Lo puedo romper?

08

DECONSTRUCCIÓN

RELATO ANÓNIMO

En alguna de mis otras vidas, que es esta misma, a la vez, dejé de ser algo que me definía. Un día cambié. Descubrí un par de ojos que además de hermosos fueron espejo, y entonces los vi, y también a mí. Me vi transformada y esos ojos me hicieron llegar a ver lo que no había visto en mi reflejo antes. Me redescubrí y entonces fui, y entonces soy; ahora sí, soy.

Mi cuerpo se llenó de pensares, de querer. De eso inexplicable que te recorre y te hace un embudo hacia adentro; tanto, que te sentís toda. De repente, descubrí que de tanto pensar me transformaba en energía de sensaciones que hasta entonces desconocía y, por decirlo de algún modo, ¡todo al carajo! El pensamiento ya no bastaba para entender: debía permitirme ser y sentir.

Éramos novios hacía cinco años, éramos amigos hacía cinco años. Con él compartí mil historias que hasta hoy me guardo... pero la vida —y un buen amigo— me presentaron a esa persona de ojos que me cambiaron entera.

Y un día, después de cuatro meses, me vi esperándola con tanta ansiedad, con tantos nervios, que empecé a cuestionarme sobre lo que me estaba pasando. Jamás me había sentido así por una mujer. Identificar que

el sentimiento no era de amistad, sino similar a lo que antes podría haberme pasado con un hombre, me concedió algunas respuestas. Pude ver y concientizar que claramente, a partir de ese día, mi yo se había transformado. Pero lo mejor que se me ocurrió fue lo peor que podía hacerle a él. Lloré, volví a caer en el pensamiento, apelé a la razón, hablé con una amiga que lloró a mares conmigo, y aún así no lograba entender. Por suerte, la duda se vio confrontada por una inmensa seguridad en mí por el sentir latente y puro hacia esos ojos. Perdí el miedo, perdí la culpa, perdí el compromiso, perdí también unas bombachas y un libro, pero no perdí la oportunidad de hacer lo que me hacía feliz. Y me separé. Ser feliz con ella me hizo crecer, descubrirme, formar parte de otras partes. Ser feliz con ella me despertó.

Hace cinco años ya de todo esto. Yo tenía veintiocho.

Luego de un tiempo, otros ojos, una guitarra roja y un pelo largo medio rubio me hicieron aprender y entender otras cosas: muchas veces, aunque queramos cuidar al otro, terminamos fallando. La clave, asumo, estará en lograr ser sinceros aunque duela, en entender que la verdad, aunque lastime, siempre es el camino. Y seguí descubriendo que el amor se goza, se disfruta, se ríe, y también duele. Y de eso va mi vida toda: de bailar, caerme, rasparme, levantarme y volver a bailar.

Confiar mi nuevo ser a mis amigos, a mis seres más queridos, y recibir la pregunta «¿sos lesbiana o bisexual?» me implicaba poner en pensamientos y definiciones algo que mi cuerpo estaba sintiendo, que no era del todo concreto como para darle una etiqueta. Y yo contestaba «sigo siendo yo, sigo siendo Magui, sigo siendo...».

Ser hoy es la consigna, ser hoy sin definirnos dentro de un patrón, ser hoy para realmente ser felices a pesar de lo etéreo de la felicidad.

Mi madre me dijo: «La felicidad no es una palabra, se hace con hechos, y vos así la estás construyendo».

—¿Sos lesbiana o bisexual?

SOY.

09

29 AÑOS Y RECIÉN REACCIONO

MELANIA GEYMONAT

Mi nombre es Melania. Muchas personas este año me conocieron porque, a pesar de ser una persona muy reservada, se volvió viral mi historia, tergiversada por los medios —tanto locales como mundiales—, con una sangrienta imagen de una hermosa mujer llamada Chris y yo, luego de un «asalto con tinte homóforo», «crimen de odio» y demás titulares que se pudieran esbozar ante un episodio que ni ella ni yo recordamos apropiadamente.

El incidente, contado tantas veces, involucra una cita, la vuelta a casa en un ómnibus de Londres, piso superior, asientos delanteros, cuatro o cinco chicos... Chris y yo siendo románticas, probablemente compartiendo algún beso. Lastimosamente, es algo que tampoco recuerdo. Lo que sí recuerdo es a esta banda de chicos venir tras nosotras al ver que estábamos juntas, sentarse a nuestro alrededor, decirnos lesbianas, comenzar a hacernos gestos de poses sexuales, preguntarnos incluso cuáles usábamos, pedir que nos besáramos para que pudieran ver. Un episodio que tanto he repetido, pero que tan surreal aún me suena.

Mi reacción, lejos de ser la de una mujer empoderada que dignifica sus derechos, fue la de hacer chistes, tomar con humor una situación humi-

llante, descontracturarla, esperar que quedara como otro de los episodios desagradables que usualmente debemos soportar, como mujeres y como mujeres que salen con mujeres. Es fácil entenderlo cuando venimos de Latinoamérica y tenemos que vivir a diario con el acoso verbal, callejero, psicológico, físico, sexual. Cuando convivís con la violencia, te llama la atención alguien que no te agrede, el hombre que no se involucra, que no demanda. Chris es estadounidense y tiene otro carácter; ignoró la situación hasta que sintió necesario pararse, enfrentar y detener el acoso. Lejos de una negociación razonable, terminó llena de lágrimas y sangre peleando contra tres de ellos, hasta que yo recibí un golpe. No recuerdo más. Todo el episodio tiene un tinte difuso, incierto y aberrante.

Las preguntas que emergen son variadas: ¿Y si no hubiéramos estado en un ómnibus y el acoso hubiera sido en plena calle? ¿Si no fuera Londres? ¿Cuál es la reacción «correcta» ante la persuasión, humillación y violencia normalizada que muchas veces no encuentra ni siquiera amparo legal?

He sido testigo de historias de muchas mujeres, amigas, conocidas, compañeras y extrañas, que varían desde «levedades» como el acoso verbal (tantas veces denominado «piropos, como a ustedes les gusta») hasta la autoculpabilización por su propia violación. O, lo que es peor, la culpabilización del entorno cercano, que debería ser la estructura de mayor soporte. Así, la violencia se expande y se diversifica.

Me pregunto cuándo tuvo inicio esta historia. ¿El 30 de mayo, cuando estaba con un amigo en común tomando mates? ¿Horas antes, cuando estaba con amigas discutiendo los detalles de mi encuentro? ¿En febrero, cuando me mudé a Londres? ¿En la remota decisión de un año sabático? Como víctimas buscamos los porqués, tenemos la esperanza de encontrar un motivo, una causa, una decisión incorrecta que derivó en... Pero no hay. La historia, en mí, comienza con el hartazgo de ser mujer en una sociedad que, a pesar de compartir los valores occidentales que le permiten tener menos disparidades con los hombres, sigue siendo patriarcal, machista y misógina.

Lejos de ser la primera chica con la que salía, tuve citas, piques, salientes y novias en Montevideo. Nunca tuve un «clóset» más que el familiar.

Las personas cis solemos tener la suerte de que la discriminación nos sea más leve: las personas trans son discriminadas —en orden porcentual— por hermanos, padres y madres, y abandonan el hogar familiar a edades tempranas en una gran cantidad de casos.

He sido y soy muy afortunada por tener amigos increíbles, que incluyen heterosexuales, bisexuales, homosexuales, trans, pero también profesionales, estudiantes, artistas que sobreviven con su arte, trabajadores privados, trabajadores públicos. Y también uruguayos, italianos, ingleses, argentinos. Judíos, católicos, budistas, ateos y agnósticos. Y podría describir de mil maneras más a personas increíbles que prefieren no ser definidas por sus preferencias. Ellos me aceptaron al instante cuando les dije que me había enamorado de una mujer. «¿Vos, con una chica? ¿Estás bien, sos feliz?». Eran preguntas tan básicas. Qué otra cosa importaba. A los veintidós años me enamoré de alguien que me dio vuelta el mundo. Me sentí increíblemente agradecida de tenerla en mi vida, me amplió el espectro sentimental, me brindó algunos de los momentos más hermosos que recuerdo, me ayudó a comprender la vida de otra manera.

Me pregunto con qué derecho la gente opina. Me pregunto cuántos chicos y chicas heterosexuales sientan a sus padres a contarles que les gusta alguien del sexo opuesto. Las personas heterosexuales no se dan cuenta de todo lo que tienen dado por vivir en una sociedad heterocéntrica. Yo *tuve que decírselo*, y en mi caso el tema fue primariamente evitado con esa leve esperanza de que mi preferencia cambiara, de que no se viera, de que yo no trajera a nadie a casa. Luego sobrevino una aceptación tácita. No pude invitar nunca a mi novia a casa, presentarle a mi abuela, permitir que conociera de mi mano el mundo que yo habitaba. Nuestro vínculo estaba sesgado: muchas veces nos tuvimos que ver a escondidas, era complejo imaginarla inserta en mi futuro. En la vía pública —sobre todo en espacios conservadores— era difícil manifestar que estábamos juntas sin recibir la petición de un chupón por parte de hombres que circundaban la escena. Llegamos a ver a un hombre masturbarse al mirarnos, cuando estábamos en su auto. ¿Asombro? Pues habría que preguntar a qué mujer homosexual no le pasó. Mis historias van desde la mujer que

no era aceptada en su familia, a la que prefería dejar un amor por miedo al qué dirán, a la que había encontrado una forma de vivir en armonía.

En mi caso, sentí que la mayor violencia en ese momento era tener que callar y aceptar de manera sumisa un evento que coronaba tantos otros hechos menores. La represión a la que somos sometidas luego de ser violentadas es una forma de violencia a veces mucho mayor.

Yo tuve suerte. En este episodio, rápidamente conté con el apoyo de todo aquel que me rodeaba. En mi familia ya era algo aceptado. Tuve la suerte de que fuera solo una nariz rota. Tuve la suerte del apoyo favorable de la opinión pública. Tuve la suerte de que existiera la legislación que existe en el país que habitaba: en Inglaterra el vínculo homosexual se descriminalizó en 1967, y en 2008 se regularon los crímenes de odio con base en orientación sexual y género, determinados estos por conductas que causen daños o angustia a otra persona por su condición previamente dicha.

La prensa presentó conductas discordantes. Por un lado, generó conciencia y se horrorizó. Por otro, se redujo mi persona a «lesbiana», sin importar otras características que me constituyen: soy uruguaya, soy médica, soy budista, soy deportista, soy mujer. El titular que más vendió fue «Lesbians got beaten for refusing to kiss», y yo me pregunto, ¿fue así? ¿Quién dijo eso?

Además, nunca en mi vida me autodenominé «lesbiana»: he tenido novios y he salido con chicos. Tampoco me denominé bisexual. No he sentido la necesidad de tener que etiquetarme más que para marcar un punto. Nos preguntaron mil veces con Chris cuál era nuestro vínculo. ¿Es importante? ¿No se puede empatizar a menos que se sensacionalice? En Uruguay, la noticia la escuché varias veces como la mujer cis, blanca —implícito— y médica a la que agredieron. Me pregunto cuál hubiese sido la reacción si fuese una mujer trans, afrodescendiente, que tiene que prostituirse porque no encuentra trabajo, y si esto hubiese sucedido en Montevideo. Aún en setenta estados a nivel mundial la homosexualidad es un delito, siete de ellos la penalizan con la muerte. Hay sectores que incluso nos culpan de la destrucción de la familia como unidad constitutiva de una sociedad ideal que nunca ha existido.

Uruguay rankea en el top 5 de países favorables a nivel legislativo para la comunidad lgbt+; sin embargo, es un país donde aún es complicado vivir siendo mujer. Basta con ver las estadísticas, con preguntar por los órdenes jerárquicos en organizaciones, en la política, en universidades, en empresas, y con transitar las calles de mi país para darte cuenta de la violencia que se vive. Que se debata si un «sí» es un «sí» o un «no», incluso en la mente de las niñas y adolescentes —como muestran ciertos estudios en Latinoamérica— nos muestra la distancia que queda por transitar. Que se visualice a la mujer como objeto sexual para la mirada masculina. Yo me beso con una mujer porque amo a las mujeres, no porque tenga intención de perturbar el orden público, no quiero voluntarios para tríos, no quiero erotizar. ¿Es necesario aclararlo?

No recuerdo cómo en ese bus mi nariz terminó rota, quién llamó a la policía, ni siquiera muchos de los rostros que me agredieron. Pero sí recuerdo salir entusiasmada por un nuevo encuentro con una mujer atractiva y brillante. Desde pintarme las uñas y bañarme en perfume, al esfuerzo consciente de llevar mi mente en un estado de presencia. Estar contenta, ilusionada. La vuelta a casa veinticuatro horas después, con ropa prestada —porque la mía, llena de sangre, estaba en la basura—, la nariz rota y una relación quebrada es un resultado improbable... ¿Improbable?

Basta mirar las estadísticas de Londres: treinta y dos crímenes de odio por día. Improbable también es haber dejado mi privacidad de lado, dejar el país en que vivía y dejar el trabajo. Los daños colaterales pueden ser gigantes, y gigantes también los vacíos legales que ellos encuentran.

Nadie debería tener miedo de no volver a casa el día después de haber salido con alguien. Nadie debería tener que ser cauteloso a la hora de besarse. Nadie debería tener miedo de mostrar amor. Pero estamos en 2019 y tenemos miedos fundamentados, estamos vigilantes, no podemos perder el sentido de alerta. Como mujeres, aún nos matan, y como homosexuales, también, pero, lejos de claudicar, estamos dispuestas a dar pelea.

10

NO FUE UN MARTES CUALQUIERA

PAULA COLLAZZI

Suena la campana. Son las nueve de la mañana y me toca entrar a clase de inglés como cualquier martes del año 2005. Sin embargo, ese martes de abril no fue un día más. Pasados unos pocos minutos me di cuenta de la intensidad con la que me fijaba en ella. Era joven, exitosa, dedicada y con una personalidad avasallante que no opacaba su mirada dulce. Yo tenía solo trece años y no llegaba a entender qué me estaba pasando. Pero recuerdo el sentimiento —entre deseo y confusión— mientras explicaba la diferencia entre un verbo y un enunciado. Mi mente estaba enfocada en ella.

Nunca sentí tan rápido el pulso, pues ahora se sumaban otros sentimientos: la ansiedad y el miedo. No voy a olvidar cómo enseguida miré de reojo a mis compañeros. Tenía que corroborar que nadie se diera cuenta de cómo la estaba mirando. Y no era un sentimiento de deseo sexual: sentí cariño y muchas ganas de abrazarla o simplemente tenerla cerca. Cada palabra que decía o cada movimiento que hacía para mí era magia. En ese preciso instante me obligué a convencerme de que eso era solo idolatría. Por supuesto, ¿qué más podía ser? Un modelo a seguir, me repetí. No podía permitirme reconocer que lo que sentía era algo más. La mejor estrategia era sacarme la idea de la cabeza, y yo me consideraba una

persona fuerte. Tenía que lograrlo, iba a lograrlo. Pero la razón no es la que está al mando en estos casos.

Pasaron los días y el deseo se volvió más fuerte, y ahí empecé a deprimirme, porque me di cuenta de que era un sentimiento que no iba a poder controlar. No iba a desaparecer por más que me lo propusiera. Y cuando el problema deja de ser problema, pasa a ser un hecho. Era un hecho que me sentía atraída por una mujer, y eso no era normal. Nunca había conocido a una mujer que se hubiera enamorado de otra mujer, y la sola idea de ser la única me aterraba. ¿Cómo me podía estar pasando esto a mí? Yo quería ser abogada, quería ser exitosa, no quería perder oportunidades por quien era o lo que sentía. Tenía una familia, tenía amigos, no los podía decepcionar.

La culpa era tan grande que me pesaba más que cargar una mochila de ciento cincuenta kilos. Y tuve que hacerme terapia a mí misma para no caer en depresión. Eso sí, maduré de golpe. Todos los días era una nueva estrategia para no caer. Hasta que llegó un día en que simplemente me rendí. Me dejé caer y me permití llorar por primera vez. No lo pensé, no lo controlé.

Tengo una hermana muy intuitiva, que me conoce más que nadie, solo dos años mayor que yo. Ella me salvó. Sabía que algo me pasaba, algo andaba mal, y no me dejó salir del cuarto hasta que yo no le contara qué miércoles estaba pasando. Yo era feliz, alegre y espontánea, pero mi luz se había apagado por algún motivo y ella precisaba saberlo. Me dijo «quiero ayudarte a que vuelvas a ser vos». Finalmente le conté, y su respuesta, tan sincera y sencilla, fue el mayor alivio que pude sentir: «Ah, era eso, pensé que era algo grave». Lo aceptó con una naturalidad y madurez propia de una persona que ama de verdad, y me abrazó fuerte; un abrazo que yo necesitaba hace tiempo. Y en ese abrazo dejé atrás un poco de presión: todo el mundo podía odiarme por ser lesbiana, pero mi hermana me quería. Nunca voy a olvidar ese abrazo y sus palabras amables y alentadoras: «Es cuestión de tiempo, Paula, sos muy joven. Hay otras mujeres que sienten lo mismo que vos, solo que aún no las conocés». Me aconsejó contarlo a las personas más cercanas, pero yo no estaba preparada, la sociedad en el

año 2005 no estaba preparada. Al menos yo lo sentí así.

A los dieciséis años dije ¡bingo! Encontré a una mujer que se interesaba por mí y no tenía mayor interés en hombres. Me tiré al agua, pero sin comprobar si la piscina estaba llena. Ella me quería pero como amiga, y me rompió el corazón. No me arrepiento de habérselo dicho. El dolor hizo que otros se dieran cuenta de que algo pasaba. Primero enfrenté a mi familia, que me brindó todo el cariño del mundo. Familia católica, pensé, qué decepción para ellos. Pero no. Hicieron el proceso, por supuesto, pero siempre apoyándome y, sobre todo, tratando de entender. Me tendría que haber imaginado que así sería porque de niña jamás vacilaron en comprarme una pelota, un robot o un juego de policía cuando le hacía la carta a Papá Noel y a los Reyes. Unos padres vanguardistas y, sobre todo, buenas personas.

Más adelante tocó contarles a los amigos, y también lo aceptaron. Con amor es fácil tener la mente abierta. Con veintiún años viví el primer amor. Era una mujer y eso estaba bien. Tan bien estaba que me mudé con ella. Fui feliz, muy feliz, y la recuerdo siempre con cariño.

Hoy tengo veintisiete años, soy abogada, cursé un máster y soy la profesional con la que soñé ser desde los cinco años cuando miraba películas de abogados. Conservé a mi familia y a mis amigos, que siempre están. No me pongo etiquetas, escucho siempre a mi corazón, que es el que decide. Mi orientación sexual es eso, una orientación. De lo único que me arrepiento es de no haberlo contado antes. Y toca agradecer a los que se han encargado y se encargan de cambiar esa realidad de culpa y miedo para que no exista el clóset y nos animemos a decir, simplemente, ¡me enamoré!, sin que sea necesario aclarar de quién. Gracias a los que luchan por una sociedad más libre, donde está bien ser quien sos y está bien decirlo; más bien, gritarlo.

Hoy abro mi corazón y le hablo a los y las jóvenes que se sienten como me sentí yo. Solo puedo decirles que no tengan miedo. El miedo es enemigo de los sueños, y toca ser valientes. Luchen. Marchen. Atrévanse a vivir, a vivir con orgullo. En estos quince años hemos avanzado un montón, pero queda mucho camino por recorrer, y tenemos que ser el ejem-

plo para que no haya más Paulas, Victorias o Lucías en el aula sintiéndose culpables porque les gusta una chica. Peleen por sus sueños porque, en medio de la lucha, se vuelven realidad.

11

...

RELATO ANÓNIMO

Queridx lectorx:

Me tomo el atrevimiento de hacer esta pequeña carta previa a mi historia para dos cosas, principalmente. Primero que nada, disculparme de antemano, ya que puede que durante el desarrollo de la historia se pierdan algunos detalles o quede un poco entreverado, debido a que en mi cabeza pasa lo mismo. Y, por el otro lado, agradecer, sinceramente, ya que es la primera vez que cuento mi historia sin miedo de ser juzgada ni criticada por eso. Espero te sea útil.

Mi nombre es Candela, tengo diecisiete años y estoy en mi último año de liceo. Soy lesbiana, y esta es mi historia. La realidad es que siempre que cuento mi historia la resumo bastante, pero, dada la situación, opté por abrirme y contarla desde el principio. Es por ello que es un poco más larga y vamos a tener que ir un poco más para atrás.

Recuerdo que cuando estaba en primero de liceo tenía problemas con mi físico, mi cuerpo. No comía, pasaba todo el día durmiendo o miraba una serie en Youtube que se llamaba *Supersize vs Superskinny*, la cual trataba sobre un súper obeso que cambiaba su dieta con un súper delgado, y a su vez conversaban sobre sus problemas alimenticios. A todo esto, no-

taba que en el liceo tampoco comía, que estaba decaído. La institución mandó una carta a mi casa diciendo «Candela puede tener un desorden alimenticio». Ese momento activó en mí un toc con tintes de crisis de pensamientos y comportamientos suicidas.

Fue entonces cuando arrancaron los cortes y los deseos de tirarme desde el balcón de mi edificio, diciéndome a mí misma que lo iba a hacer. Todos los días ocurría. Algo andaba mal, sentía que yo estaba mal. Yo pensé que era una depresión. Hoy por hoy amo ir al club, hacer musculación y todo eso. Pero en ese entonces no quería ir. Y cuando iba quería volverme a mi casa. Una vez llamé a mi madre para que me pasara a buscar porque no aguantaba. También le pedí a mi madre que me dejara encerrada en el cuarto, específicamente con llave, por miedo a que me suicidara. Eran pensamientos que me venían y no los podía controlar.

Empecé con eso y no se lo conté a nadie. No quería contárselo a mis padres, pero fue tanto el miedo, que decidí comentárselo, e inmediatamente buscaron ayuda. Me di cuenta de que tenía miedo de que aquellos pensamientos de «lo quiero hacer» se transformaran en «tengo ganas de hacerlo». En un momento ocurrió, y le dije a mi padre que tenía ganas y que sentía que me quería matar. Le dije que tenía miedo, que cerrara la puerta, que hiciera algo. Me llevaron al psicólogo, el cual me diagnosticó y me dirigió a un psiquiatra. Entonces arrancó el proceso de calmarme, aceptarme y salir de esa crisis. Cuando terminó esa etapa, la psicóloga planteó que siguiera viéndola por los complejos de autoestima, y así fue. Seguí yendo.

Una noche en mi cuarto, me apareció una foto en Instagram en donde aparecía una pareja de dos chicas. Me pasaba que, siempre, al ver una pareja homosexual o una persona transexual, no es que disfrutara —porque no era para mí placer—, pero sentía algo que cuando veía una pareja hetero no ocurría. Era una atracción, una sensación de pertenencia. Pero nunca me había dado cuenta. Fue por eso que esa noche me percaté de que estaba viendo esa foto. Y a raíz de eso me pregunté: ¿qué es esta situación? ¿Por qué estoy un domingo de noche tirada en mi cama viendo estas cosas? Me dije a mí misma: «soy lesbiana, ya fue». Y me fui a

dormir. Me acuerdo perfecto, fue así. Básicamente, nunca tuve problema para asumirlo o aceptarme. Pero debo admitir que esta noche pensé en la reacción de mis viejos.

No tenía miedo a la reacción de las personas en general. Para ese entonces sabía —y sé— que no era nada malo y que no le hacía daño a nadie. Era como «si me apoyás, me apoyás; si no, retirate». El miedo era con mis padres. Más que nada con mi madre. Desde chica, en casa siempre saltaban comentarios como «no levantes pesas porque vas a parecer lesbiana». No les daba bola cuando me decían eso, pero no siempre me callaba. No me aguantaba y les contestaba «¿qué tiene de malo?», pero nunca se daba para conversarlo.

A la semana siguiente, fui con la psicóloga y se lo planteé. Le escribí una carta porque no me salían las palabras. Lo que lloré esa sesión no tiene nombre. Jamás había llorado tanto. En la carta le pedía perdón, que esperaba que no le dé asco, que no sabía qué hacer, que de verdad me perdona. Su reacción fue muy clara. Me dijo que no tenía que pedirle perdón, que lo sabía y que esperaba que se lo planteara. En sí, lo sospechaba, pero tenía que ser yo la que se diera cuenta. Fue un gran alivio, ya no era la única que lo sabía. Pero me aconsejó que no se lo dijera a mis padres y que me lo tomara con calma.

No me acuerdo cuánto tiempo pasó desde que hablé con ella hasta que se lo planteé a mi padre. Es como que lo borré. No recuerdo nada. Solo sé que estaba en un restaurante con él y mi hermano del medio, y arranqué avisándole que le quería decir algo. Mi viejo estaba enfrente mío y me dijo que sabía lo que iba a decir. Se me acercó y susurró: «lesbianismo». Cuando afirmé, su cara se transformó. No me puedo olvidar de su rostro tratando de disimular su dolor. Supongo que no era algo que estuviera en sus expectativas. No lo sé. Solo veía dolor. Me dijo que lo sospechaba desde que era pequeña, que supuestamente las nenas son para el padre, que nunca tuve una buena afinidad con él y que con mi madre sí. Le pedí que no le contara a ella porque sabía que le iba a costar más.

Cuando llegamos a casa, lo primero que hizo mi padre fue llevarse a mi madre al mam (Mercado Agrícola de Montevideo), lugar que en su vida

había pisado. No lo había asociado hasta que pensé... Le acababa de salir del clóset a mi viejo y llevaba a mi madre a un lugar al cual jamás había ido. Me esperaba lo peor, pero no quería pensar en ello.

Queridx lectorx:

Quiero hacer una pausa. Es importante que te avise que la siguiente escena no me la olvido nunca más. Contarla solo me genera un nudo en la garganta. Con lágrimas te advierto que a partir de entonces comenzó mi 2017, y que la cosa solo fue en picada hasta el día de hoy.

13 de enero del 2017. Había recién cumplido quince años. Mi madre llegó del MAM, abrió la puerta y la fui a saludar. Su reacción fue como un puñal en la espalda. Su «hola» fue tan seco que rasgaba. Con mucho dolor te cuento que aquella relación que tenía con mi vieja, hoy no la tengo y no la voy a recuperar nunca más.

Era llegar a casa y tener una pelea. Tener discusiones, roces, insultos, charlas. No quería pisar mi casa. Si llegaba, me encerraba en el cuarto. Me sacaron de la psicóloga porque me decían que ella no me sacaba esas ideas de la cabeza, y que yo no podía ser así. Tenían ganas de hacerme cambiar. Dejé de ir. Consecuentemente volví a caer, deprimirme, cortarme, pensar en mis problemas de autoestima. Hoy por hoy sigo teniendo las cicatrices que lamentablemente no son solo físicas. Me sentía sola. Peleaba una batalla sin ayuda de nadie, aunque también mis dos hermanos vivieron este proceso. El mayor nunca interfirió ni quiso hacer algo, pero el del medio siempre me apoyó y tomaba partido en algunas discusiones, intentando calmar las aguas.

En una de las tantas peleas, él se metió y, llorando, con una muy grande angustia, me repetía «Cande, esto no es tu culpa». Pero mi madre detrás, repitiendo para que escuche, decía que sí lo era. Yo sé que en realidad no es mi culpa, pero no lo siento así. Yo sé que toda esta situación, cada momento horrible que ocurrió, como también la pérdida de la relación con mi madre, es por mí o por ser como soy. Conscientemente sé que no hice ni hago nada malo, pero no lo considero así. Sé que las cosas en mi casa

están como están por mí.

Ese año fue terrible. Soy de ascendencia judía, así que me cambié a un liceo judío. Entraba a una comunidad cerrada, por lo que mis padres me dijeron que no abriera la boca, que me lo guardara porque nadie se podía enterar. Sus amenazas me daban miedo. Si alguien se enteraba, me sacarían del club, del liceo o de la sociedad médica. No gastarían más dinero en mí. No me dejarían salir. Me sentía sola también en el liceo, pero arranqué a hacerme amigas, puntualmente de uno de los movimientos juveniles que hay dentro de la colectividad judía. Y ahí fue cuando comencé a abrirme más, encontrando mi lugar. Pero igual sentía que ya no era la misma, había cambiado. Mi cuerpo solo era cicatrices, sangre. Mi cabeza no daba más. Me volví una persona fría, no mostraba mis sentimientos.

Dos meses después empecé a salir y me enganché con una chica. Les decía a mis viejos que me encontraba con una amiga en un lado e iba para el otro con esta chica. Me descubrieron. Entendía que había perdido la confianza de mis padres y que había hecho cosas para perderla. Podría decir que me arrepiento y, a la vez, que no. Porque, en realidad, no habría tenido que hacer las cosas que hice, ocultarles cosas, si ellos no me hubiesen limitado como lo hacían. Pero recuperar la confianza no fue fácil. Dejé de hacer actividades y de fomentar relaciones que nunca pudieron crecer. Trataba de que mi madre no se hiciera la cabeza o que no se generaran tensiones. Me llegaron a pedir ubicación, lugar específico en el que estaba, foto, nombre de las personas que me acompañaban, hora de llegada. Me han seguido y escuché a mi padre diciendo que me quería seguir.

En el 2018 les volví a contar que me cortaba y les mostré las marcas. De modo que volví a ir al psicólogo. Mis sentimientos se manifestaban como angustia, pero era enojo. Veía a mi vieja y solo visualizaba violencia. No la quería ver y no me gustaba esa sensación. Escuchar su voz me generaba rabia e impotencia, y, a fin de cuentas, me terminaba lastimando a mí. Las sesiones me ayudaron a dejar esa situación atrás. Logré aceptar que mis padres no lograran aceptarme. Siendo sincera, di un paso gigante, avanzado para el proceso de ellos. Logré decir a los cuatro vientos: así soy yo, y, si no te gusta, andate.

En cuanto al liceo, como dije, estaba sola. Y de repente todo el mundo se enteró de que era torta. Fue el rumor que una chica comenzó a decir, sin saber que yo ya sabía que lo era, pero que jamás lo había dicho. Tenía mucho miedo de que mis padres supieran sobre los rumores. Si se hubieran enterado, habría sido otro caos más. Si hoy en día paso un 2017... no me ven más. Pero, bueno, mi grupo de amigas se fue enterando y me apoyaron al cien por ciento. Betar me abrió las puertas. Con mis pares, ya sea en el liceo, Betar o donde fuere, hablo abiertamente al respecto. Parte del proceso de aceptarme y de tomármelo de la forma en que me lo tomo hoy en día fue estimulado por cómo ellos me aceptaron.

Estaba cansada mentalmente, triste, no quería saber más nada del tema. Mi estabilidad emocional ya no daba para más. Sentía que todo esto me iba a volver loca. No quería salir de mi casa ni de mi cuarto, no quería verlos. La conexión que sentía con mi madre murió... No le tengo miedo, pero yo la amaba. Pensaba en ella y se me inflaba el pecho de orgullo. Hoy no hablo de mi vieja, no le hablo a ella tampoco. Ya no le cuento nada. La odio. El cambio que viví fue brusco, y no me permitieron contárselo. No me dejaron vivirlo. Se lo dije mi padre cuando le pedí que no lo hiciera. Me quedé en *shock*.

Jamás le pregunté qué ocurrió ese día. Sus reacciones después de ese momento fueron horribles. Un día mi padre me llevó a cenar para hablar. Literalmente me dijo «chuparle la concha a una mujer es lo más asqueroso que hay, las minas son lo más asqueroso que hay». Y yo quedé pensando... se supone que a mi padre le gusta mi madre... ¿de qué me habla? Mi madre también. Hasta hoy en día. Si se habla de una mujer hace como que le da asco para que me dé asco a mí. Por suerte pude crecer a pesar de todo esto, y entender que, si le da asco a ella, no tiene por qué darme asco a mí. Pero en su momento era un paso, una indirecta hacia mi sexualidad. Un autoflagelo. No podía expresárselo; sigo sin hacerlo. Nunca les dije que me lastiman. Tampoco les pedí que lo dejen de hacer. Pero debería. No sé por qué no lo hice.

Por lo visto, mi defensa fue mostrarme dura. Hablar de esto o llorar, no lo hice con nadie. Mucho menos contar todo esto. No lloraba; si lo

hacía, no lo mostraba. Ni siquiera conmigo misma. No podía llorar frente a mis padres. No podía llorar frente a mí, en mi cuarto, sola. Y todo esto era un cúmulo de angustia, que lo liberaba lastimándome la piel. Con la psicóloga entendí que llorar está bien. Escribir esto llorando no hubiera ocurrido meses atrás.

Entiendo que les duela, entiendo que tengan su proceso, que no compartan. Pero quiero decirles que no intenten arruinarme la vida. Que no me prohíban hacer cosas que quiero, que me dejen ser yo misma. Que está todo bien con que no lo compartan. Que me tiren todos los comentarios que quieran. Que me dejen salir con quien quiera. Quiero sentirme tranquila en mi casa, que es algo que no puedo hacer. O poder presentarles a una chica. Siento ansiedad. No puedo mostrar mi celular. No saben que tengo Instagram. No hago ningún comentario. Mi vida es secreta. Lo único que muestro es el liceo. Pero ya me cansé. Me cansé de que solo me quieran controlar. Sé que es algo que tengo que hacer. Les quiero preguntar si cuando me preguntan a dónde voy es porque quieren cuidarme o es por control. Es algo pendiente que no sé cuándo lo voy a hacer, pero sé que es necesario.

12

¿TRISTES O TIERNOS OJOS DEL TIEMPO?

R.

*Cuando estás en el fondo del abismo,
encuentras en él un consuelo especial
que no se halla en ninguna otra parte.*

BANANA YOSHIMOTO

La espalda de Leticia insinuaba cansancio. Su cuerpo alterado por sollozos contenidos me inundaba de ternura. Escuchaba los gemidos pequeños, aniñados. Disimulé el desasosiego que me invadía como una bruma.

Los dados estaban echados. Piedras antiguas, oraculares. El final del amor es inexorable. Nada lo detiene.

El rostro de Leticia inclinado sobre libros cubiertos de polvo, habitados por un haz de rayos de sol, sumergía su mirada en una neblina inexistente. Páginas manoseadas por lecturas apasionadas. En silencio, lloré el amor perdido en lejanías y malentendidos. Mi corazón resignaba el lugar de la ilusión. Sola, identificada con el personaje desfigurado por la convivencia y cierta tristeza, me precipité en la simulación. Deseaba recuperar nuestra alegría de vivir. Era mi creencia frágil, precaria.

Los libros de psicoanálisis y de docencia universitaria los colocamos en

un espacio opuesto a las revistas, libretos y volúmenes de teatro. En el centro ubicamos cómics y fotocopias del secundario que cursaba Ariel. Mirando el desalojo de las bibliotecas, me recordé en los incansables trayectos de docencia universitaria. Lluvias y ventiscas, largas jornadas de calores sofocantes, colegas que me «respetaban» con fórceps y «perdonaban» mi *rareza*. Aunque no exhibía ni ocultaba la convivencia con Leticia, era una transgresora que promovía pequeños comentarios. Leticia, joven actriz de teatro. Mutable y frágil Electra. Dura Medea. Intangible asesina Corday. Hermosa Ariadna. Todas ellas y ninguna.

Ariel observaba la escena. Sus ojos tristes preguntaban sin pronunciar palabra. Hijo anhelado. Concebido entre las pecas doradas de la piel de Leticia y la alegría intensa de nuestros cuerpos de aquel verano del 85, cuando mis besos inauguraban rutas, abrían territorios en una panza que crecía y crecía.

Ariel estaba ahí, entre las dos. Sus dos madres a punto de iniciar una separación luego de convivir durante veinte años.

El tiempo es un narrador implacable. Escribe sin metáforas ni pudor metafísico. Con cierta violencia se apropia de sombras, cuerpos y esqueletos. El tiempo nunca se narra a sí mismo. Solo crea relatos acerca de quienes caemos bajo la luz cenital de su mirada.

De pronto el devenir es ligeramente burlón. Se complace en acentuar algún rasgo apenas escondido en el pliegue de un gesto desprevenido, acostumbrado al desprecio. Otras veces juguetea con los silbidos del asma. Delicados jadeos que me producen una extraña ternura. El tiempo solo dialoga con la muerte y los espejos.

Miré el rostro de Leticia y de pronto supe que las escenas temidas en la imaginación estaban ahí. Presentes. Ocurrían en la realidad. Pasaje abrupto miles de veces esperado. Hablado con palabras inevitables y oscuras. Sombrío laberinto.

Recorrí la piel de la cara de Leticia. Me detuve en las pequeñas grietas que bordeaban la comisura de los labios. Su cuerpo se transformaba con el pasaje de los años. Los músculos soltaban la natural tensión de los senos. Recordé sus pezones hendididos. Ranuras expectantes. Pechos turgentes

en la maternidad y en las caricias que las noches y los días inventaron. El paso del tiempo aumentaba mi amor. Ella estaba furiosamente hermosa.

Leticia estaba allí. Sentada en cuclillas frente a la biblioteca avasallada de libros y pequeñas artesanías. Su mirada miope buscaba o trataba de identificar ejemplares que le pertenecían «de antes». Volúmenes de hojas gastadas. Entretejida durante años, la biblioteca se disolvía. El desabrazo también la afectaba. En silencio divorciamos libros atesorados con pasión de antiguas lectoras.

De pie detrás de ella, solo intentaba amortiguar el golpe. Ocultar las huellas de mi dolor. Racionalizar la escena para transformarla en un texto futuro. Deseaba que el acontecimiento quedara en manos de la escritura. Quería vencer al argumento fallido: la vida cotidiana asediada por múltiples, invisibles exclusiones y desprecios. Sentía mi cuerpo ajeno, anestesiado, cuerpo que solo podía sostener la fragilidad de una presencia vacilante, inquieta.

El cansancio de veinte años de convivencia invadido de agresiones sociales y familiares se sumaba al sol y el polvo inevitable de la biblioteca. La fatiga amortiguaba el golpe de una separación deseada y, al mismo tiempo, profundamente temida. Algo dolía. Un oleaje inmenso, de tsunami inevitable, nos arrasaba, aunque, tal vez, aún podíamos detenerlo. Pero necesitaríamos una fortaleza que ya ninguna de las dos poseía. El veredicto íntimo estaba decidido. Impregnaba los acontecimientos públicos: culpables por vivir sin disfraces y defender el derecho de habitar los cuerpos del amor y el deseo.

Un pequeño gesto de mis manos, acaso una caricia leve en el pelo rojizo, habrían iniciado pausas o una tregua. Podrían crear alguna esperanza o espejismo de reencuentro. Pero las dos sabíamos lo inevitable del des-tiempo. La pasión estaba cancelada. Años de existencia cotidiana pesaban como una lápida sin inscripción pero con destinatario.

De pronto, Leticia giró la cabeza y me mostró un libro. El primer libro leído en madrugadas amorosas. *Memorias de Adriano* de Marguerite Yourcenar temblaba entre sus manos. Erguida, en medio de palabras vacilantes, preguntó:

—¿Quién se queda con este?

—Vos, lleváelo vos, ya no lo quiero.

Abrió el libro. Buscó dos hojas que contenían un texto manuscrito. Páginas que escribí invadida por frases que llegaban de un magma interior desconocido. El libro mal impreso tenía algunas hojas en blanco. En lugar de devolverlo a la librería donde Leticia lo había comprado, me tentó compartir la escritura con Marguerite. Nada menos que con *la Yourcenar*.

Las páginas en blanco me habían provocado cierto desvarío, fascinación de escribir apoyando el libro en el cuerpo desnudo de Leticia. Cuerpos de entonces, tensados por el encuentro que desbordaba todo... Ahí estaba mi letra. Una ligera pérdida de color en la tinta negra usada en aquel instante denunciaba la transformación inevitable de anhelos amorosos.

Libro. Libro.

Leticia leyó las últimas palabras que pertenecían a Marguerite Yourcenar en la página 165, «había apartado las»; luego continuaba mi letra menuda, casi enigmática. Hacía veinte años había escrito, para dar continuidad al texto de Marguerite: «... había apartado las manos tendidas de sus alumnos y entregado su cuerpo a la tentación de las llamas. Allí comprendí que el brahmán cuya desnudez me sorprendiera en mi extenuante camino refería a un punto donde lo humano y lo divino se desvanecen como estados alternos y logran una mutación tan instantánea como aquella comprensión de la verdad que ningún sabio de Corinto o atardecer del Egeo me habían posibilitado. Sin embargo, mi cabeza bullía demasiado ante aquella despojada visión del destino humano. Mi cuerpo aún atrapado por el extraño y persistente canto asiático volvía, como siempre ha vuelto para desprecio de mi persona y salvación de mis conciudadanos, a sentirse atraído por aquellas manos que al masajear mis pies le daban como una extraña forma carnal, una energía de danza. Tal vez nunca me sentí ni sentiré en esta débil entrada a una posteridad de siglos, tan cerca de Eros como de la verdad. Bien sabes cuánto amo el placer de una mesa sobria y de un pensamiento equilibrado por la lógica intacta de la vigilia. Sin embargo, poseída por esa fuerza que solo a escasas hembras y en muy contados momentos la vida nos destina, salté en medio de aquel grupo

humano aún palpitante por la presencia de aquella alma cuya partida era difícil. Allí dancé ante la aprobación de todos que así se veían aliviados de sus cuerpos, aunque no de sus espíritus».

Leticia detuvo la lectura. La voz impostada estilo Comedia Nacional realizó un acorde que sonó a truco escénico. Le quité el libro. Sus manos tapizadas de pecas no opusieron resistencia. Ya nos sabíamos demasiado. En el texto palpitaba el latir de escribir manuscrito. Traducía la unión de nuestros cuerpos sudorosos, bordes de belleza y alegría. Danza. Caricias en los pies y las membranas hialinas de la vida.

—Me lo quedo, elegí otro libro a cambio de este.

—No puedo, ahora solo quiero *Memorias de Adriano*. Me lo habías regalado.

—Nunca me devolviste *La ceremonia del adiós*, de Simone de Beauvoir.

Se abrió la posibilidad de una pelea intensa, inútil. Solo dije «no» con una voz de origen desconocido.

Me sentía desorientada, avergonzada por haber mezclado mis palabras con los textos de Marguerite Yourcenar. En aquellos tiempos navegaba en el placer y pudor que produce descubrir la tersura de una continuidad inusitada, suave y al mismo tiempo atrevida.

La escritura es una piel renovada trazo a trazo. No sabía ni deseaba comprender el origen de aquellas reflexiones manuscritas. En el momento de la separación resultaban ajenas, enlazadas a aquella otra persona que yo misma había sido en la erótica posesiva que me ligó a Leticia.

De pronto, como si palpara mis pensamientos, me preguntó por qué había escrito esas frases en medio de una noche que ella aún recordaba. Me escuché decir una verdad simple y directa. Recordé la flecha clavada en el corazón de aquellas madrugadas. Transportadas al presente eran solo una foto desvaída. Amanecer es que ya no ocurrían.

—Para seducirte. Escribí para seducirte. ¿Pensás que se escribe por alguna otra razón?

El silencio ahuecó el apartamento. Tragó la luz del mediodía. Dejó lugar a la voz grabada por el fletero en el contestador telefónico. El hombre contratado para realizar la mudanza anunciaba una demora. Vendría una

hora después de lo pactado.

Leticia murmuró algo que no comprendí. Una frase borrosa que aludía a ciertos sucesos inesperados. Desplegó su interpretación habitual. Aludía al argumento —casi principio filosófico— «por algo será».

—¿Querés que vaya a comprar unas milanesas?

De pronto, ante mi cuerpo inexpresivo, aparecieron el cúmulo de milanesas y fritangas que nos ahogaron con sus asuntos cotidianos. La vida sumergida en una lava de vapor y aromas que saturaban ciertas horas y arrasaban los mediodías. Los sueldos magros, los múltiples empleos, la ausencia de amigas o familiares que ayudaran en los cuidados de Ariel.

Nuevamente me oí decir un «no» áspero. Punto final surgido en la fisura de algo interior. La escena ¿de verdad estaba ocurriendo?, ¿de verdad era nuestra separación?

—No quiero milanesas, quiero separarme de vos para poder tenerte, recuperarnos, ser lo que fuimos.

El sollozo contenido en la frase transformó mi voz. Leticia no pudo captar el llanto breve y fuerte como un vendaval de arenisca. No pudo escuchar porque así era el pacto entre las dos. Ella dramatizaba los sentimientos que yo ahogaba. «Yo soy tu piel y vos sos mi piel, un mismo espíritu repartido en dos cuerpos. Antes de conocernos ya nos sabíamos».

—Pero podemos detenernos. Mirá, yo tengo mucho miedo de irme sola, y vos te quedás con toda la responsabilidad de Ariel. Si pudiéramos intentar...

En medio del ruego, nuevamente se soltó la grabadora. Una voz tersa, complaciente, preguntaba por mí. Era María.

Leticia se lanzó sobre la grabadora. Descolgó el teléfono. Su rostro hervía.

—Es esto, esta yegua, esto es lo que te pasa, no necesitabas disimular con discursos y argumentos.

«Qué es el tiempo / largo viaje / hacia ti mismo.

Qué es ti mismo / largo tiempo / hacia el viaje.

Qué es el viaje / largo ti mismo / hacia el tiempo.»

Las estrofas de versos jipis anónimos invadieron mi mente. Regresaron

aquellas largas caminatas hacia la Alianza Francesa. Días de espectáculos, danza y amores confusos. Besos con sabor de almizcle y marihuana. Pachuli. Calles abiertas. Sudestadas. Los Quilapayún y la academia de danza. El grupo Coringa. *Juan Salvador Gaviota*. El teatro. La sensación de que toda la existencia se desplegaba en el espacio sagrado de un escenario.

—Esa hija de puta ya sabe todo. Te llama para conquistarte. ¿Ya estuviste con ella?

Los celos fulguraban. Invasión de relámpagos en los ojos de Leticia.

—Es una colega. La psiquiatra que consulté porque me siento muy angustiada. Solo quiere saber cómo estoy.

—¿Te llama con esa voz recalentada para saber cómo estás?

Inicié el trámite opaco de frases explicativas. Estaba todo dicho. Ninguna argumentación, prueba o dato desarmarían la convicción de Leticia.

—Y yo como una descerebrada tratando de seguir con todo esto.

Ariel entró en la habitación. Apenas susurró «ya llegó el fletero». Ninguno de los tres supo que la pequeña frase iniciaba un tiempo extraño. Una sensación de vacío inexplicable. El desasosiego invadió nuestra familia de queridos. Dos madres, un hijo.

Era primavera. Las flores violetas de jacarandás se mezclaban con delicadeza con las tipas amarillas y el verde intenso de los árboles. Paraísos susurrantes.

Descendimos al palier cargadas de cajas y bultos. Sin ayuda, bajamos los escasos muebles y electrodomésticos abusados por el exceso de uso. Nos abrazamos como si fuera el comienzo. Leticia me pidió que la acompañara hasta el pequeño piso alquilado. La estreché entre mis brazos multiplicados por la ternura. Caminamos tomadas de las manos. De pronto sentimos una alegría intensa. Nos reímos de nosotras mismas. También la pasamos bien. Muy bien. Veranos, vinos chardonnay, abundantes desayunos, furor por Cinemateca y la primera sonrisa de Ariel recién parido, cuando Leticia en el sanatorio lo depositó en mis brazos.

—Si te veo con esa hija de puta juro que la mato.

Nos volvíamos locas de teatro. ¿En qué obra dramática estábamos?

Recordé la segunda escena temida. Fue directamente parida por una

novela de David Leavitt. En algún momento el novelista norteamericano fue uno de nuestros autores favoritos. Necesitábamos leer literatura que hablara de nuestro mundo, de la erótica enfrentada a una sociedad punitiva.

Escribí «nuestros» y la palabra convocó algo despegado del presente. Las letras se desarticulan. Ahuyentan la posibilidad de poseer sentidos actuales.

El lenguaje perdido de las grúas, hermoso título. Una novela que en su primera página narra el encuentro fortuito de un matrimonio hombre y mujer. Ya no tienen nada para decirse. En mi memoria la casualidad los reúne bajo la lluvia plomiza en una tarde de domingo en Manhattan. Entre los dos personajes no fluían las palabras ni las miradas. Solo la lluvia y el acontecer de la nada. Evoco el tramo literario narrado por Leavitt. Esa escena de la novela prefiguró un acontecimiento que tiempo después nos ocurrió a Leticia y a mí.

La página leída permaneció incrustada en mi mente. Dejó rastros y esquirlas. Preanunció una escena de soledad y desolación. El poder de lo escrito por Leavitt era tan imperioso como un final amoroso —caída súbita del deseo por el otro— que sí o sí debe ser realizado.

La tarde de domingo se sumergía en una neblina apiazzolada. Acordes de tangos imaginarios. Cadencias de cinturas solitarias pertenecientes a mujeres flacas.

Las luces de la avenida se apiadaban de la oscuridad. Creaban un clima fantasmal.

Salí de Cinemateca con aire distraído. Indecisa y preocupada por el cansancio que me había transmitido una película mediocre y pretenciosa. No recuerdo su nombre.

De pronto, en la vereda apareció Leticia. Surgió frente a mí brusca y recortada de la oscuridad. Se detuvo frenada por mi asombro, casi topándome con su pecho ansioso. Acercó su rostro al mío. Me preguntó si salía del cine.

Una leve comunicación era posible, pero el estallido de la página literaria de Leavitt impuso su verdad en nuestros propios acontecimientos. El

acto ocurrió como un plagio inevitable. La realidad tenía que amoldarse a la página leída en otro tiempo y lugar. Impronta de una narración que poseía un poder lejano y, al mismo tiempo, actual.

Ante la profundidad de mi silencio, Leticia volvió a preguntar si salía del cine. Su gesto era amigable. Buscaba amparo y tal vez protección de la neblina rosada que se instalaba en torno a nuestros cuerpos. Nos transformaba en estatuas vivientes que miran con ojos profundos, asustados. Quería invitarla a un café, pero no pude. Mi voz estaba muerta. Me sentía dominada por lo ineluctable, aprisionada en la repetición de la escena novelada por David Leavitt. Traslación de la página a los hechos de la vida. Movimiento opuesto a la escritura. Antinarración. Tiempo sin temporalidad real.

Nos separamos sin hablar. Dejamos que la literatura no fuera un testigo olvidado sino nuestro imperio invasor. Dominante. Inapelable.

Caminamos en direcciones opuestas. Leticia entró a la función de Cinemateca. Yo me dirigí hasta el teatro donde se realizaba la última función de la obra *En la colonia penitenciaria*, de Kafka, dirigida por Nelly Goitíño y con música de Renée Pietrafesa.

El teatro fundado y desarrollado por el joven soñador Iván Solarich habitaba una casona que había sido confiscada durante la dictadura militar. Aún guardaba —como si atesorara tragedias inexpressadas de quienes estuvieron sometidos a tortura— un aire siniestro. Aunque se volcaran piezas teatrales mágicas o trastornadas, la dramaturgia no podía vencer el ambiente ominoso.

La obra se realizaba en una sala ubicada en el subsuelo de paredes de piedra. En el centro de la puesta escénica se había instalado una máquina loca, bizarra. Era la máquina de la tortura que luego manejaría un personaje burócrata.

Busqué una ubicación. Con mirada distraída traté de acercarme a alguna silla que me permitiera sumergirme en la escena. Escuché una voz cálida que me invitaba a ocupar un lugar muy bien situado.

—Vení por acá.

La voz pertenecía a la madre del actor, una mujer de hermosa cabeza

cana. Rasgos dulces. Rostro inmerso en sorpresas. Gestos de tiempos duros jugados al porvenir.

Con timidez, ocupé la silla que me ofrecía. De pronto observé que estaba colocada junto a una lápida trabajada en el suelo. La lápida de granito tenía un nombre que encerraba todos los nombres: «Ave-Eva».

—Vení a saludar a Iván, no seas tímida.

Mientras me conducía a la habitación que oficiaba de camarín, el aire inconfundible de teatreros reunidos el día que una obra baja de cartel mezclaba ansiedades con sudores tibios y desodorantes de aromas dulzones.

—¿Y tu hijo?

La madre de Iván lanzó la pregunta con una naturalidad que me turbó. No estaba acostumbrada a que me preguntaran por Ariel con la filiación «hijo». Por el contrario, silencios hostiles marginaban la existencia de Ariel o lo tornaban alguien inexistente, aun cuando físicamente estuviéramos aferrados de las manos. Los ninguneos acontecían siempre que me detenía a saludar amigos o conocidos, médicos o maestros. Era la tónica usual y aceptada por todos, incluso por mí misma. Uno de los dos se transformaba en un inexistente, en especial junto a colegas, psicoanalistas que no toleraban el *desafío transgresor específicamente prohibido en sus estatutos institucionales*.

—¿Te referís al hijo de Leticia?

—Si preferís llamarlo así —respondió con tono burlón.

—Ariel está bien, si lo vieras no lo reconocerías.

—Los hijos del amor siempre están bien. Se salvan del manicomio.

Reí a carcajadas como si me hubiera hecho cosquillas.

—¿Te sorprende que alguien como yo te hable así?

La madre de Iván se replegaba en una suerte de excusa innecesaria. Alguien se nos acercó. Era un hombre de aspecto muy agradable. Pantalones de pana gastados, pipa aromática y camisa a cuadros. Una joven colgaba de su brazo. De inmediato me recordó a alguien. El rostro evocado se prendía en los gestos faciales de la joven, aunque algo me impedía ubicarlo con precisión.

El hombre nos dio un beso a cada una. En el abrazo que acompasó su

cuerpo al mío capté el pasaje de una energía sutil. De pronto sentí que mi cuerpo era más pequeño y frágil. El hombre murmuró su nombre. Su voz predominaba sobre este. Allí rescaté la escena universitaria en la que él era un alumno esquivo.

Sin que mediara un preámbulo, dijo:

—Nunca pude perdonarme el uso que algunos hicimos para obtener ventajas curriculares.

—No recuerdo.

—Alegamos...

Lo interrumpí. Recordaba vivamente el episodio y mi indignación de entonces.

—Siempre me quedó una sensación de engaño, de algo mal hecho, como una estafa.

—No recuerdo...

—Ahora te encuentro acá. Ella es mi hija, ¡cómo pasa el tiempo! Quería reconocer mi error. Enviudé... Elena...

—Pasó muy rápido —dijo la madre de Iván.

—Cuando se vive en una dictadura se empuja el tiempo para que pase más rápido. ¿No es así? Empujamos el tiempo y estas son las consecuencias —alegué.

Con ternura, acaricié la cabeza de la joven prendida al brazo de su padre. En su rostro reconocí huellas de la madre, Elena, alumna del corazón.

—Lo empujamos para que termine el exilio —susurró la madre de Iván.

Salí del teatro y sentí la profundidad de la noche. Aún me habitaba una sensación fragmentaria. Estaba invadida por trozos de imágenes. El cambio de luz parecía un collar de cuentas estallado entre las sombras. Piedras finas esparcidas por doquier.

Regresé a nuestro hogar. ¿Cómo sobrellevar el anochecer de domingo? ¿Cómo iluminar la llegada a un lugar donde el amor de pareja, raras amantes, se había esfumado? ¿Cómo habitar una cama que detestaba, un aroma de angustia?

Y, sin embargo, regresaba. No era una prisionera. Ariel me esperaba

despierto, las manos ansiosas de caricias, la respiración a punto de agitarse en una crisis de rinitis. Le acaricé el pelo y retuve sus manos entre las mías. Allí, en su calor juvenil, habitaba el cálido sentido de vivir. Espalda contra espalda.

Miramos fotografías tomadas en el Primer Foro Social Mundial realizado en Porto Alegre. En aquel tiempo, Ariel inauguraba la adolescencia bailando samba enredo en el final de una actividad abierta por Lula. Le conté cómo en su infancia, con Leticia, lo cargábamos en los actos políticos y vibrábamos con las caceroladas contra la dictadura. *Al cababoso, al cababoso, lo que pasa que Gavazzo está nervioso*. Mi evocación de su dicción infantil que en lugar de *calabozo* decía *cababoso* le produjo una mezcla de vergüenza y enojo.

—No me cuentes más.

—¿Te traigo la cena?

—Apurate, ya empiezan.

En la cocina preparé un omelet de jamón y queso, un exprimido de naranja y yogur.

—Apurate, ya empiezan —repitió Ariel.

Escuché la música de *Los Simpson*. Me senté al costado de su cama. Disfrutamos de Homero, Bart, Lisa... Ariel reía a carcajadas. Revisé la mochila. Controlé el uniforme del liceo. Lo conminé a que se diera una ducha con lavado de cabeza y cepillado de dientes.

Los mil asuntos cotidianos transportaban una felicidad plena y al mismo tiempo incompleta. Faltaba la presencia de Leticia. Mi pensamiento canceló preguntas que aún no podía sostener.

A veces, cuando las madrugadas eran un repecho alumbrado por el insomnio, sentía que entre Leticia y yo el amor era un exilio mutuo. A puro esfuerzo salvamos jirones de escritura, ansiedades de la piel y el cuerpo, aceptación de sueldos magros de la Comedia Nacional o la universidad, donde nos relegaban en silencio. Exiliadas entre las brumas de un gueto social invisible y poderoso. Combatientes de una resistencia cuyas causas no aceptábamos porque no las comprendíamos.

La relación con Leticia se engendró con teatro y literatura. Nació una

tarde de invierno, en un escenario pobretón. Asistí invitada por el azar. La obra *Los cuervos de Van Gogh*, escrita por Pacho O'Donnell, se realizaba en homenaje a una colega muerta en un accidente de auto. Yo diría unas palabras: *El lado oscuro de la luna de Aída Fernández*.

En la obra, Leticia interpretaba a una prostituta embarazada por el pintor. Apareció hermosa. Trágica. Presencia escénica avasallante. Me perturbó de tal manera que aún recuerdo el escándalo de mi mirada deseante. No podía disimular la ansiedad anclada en el contorno de una panza de ficción. El «embarazo» era una bolsa de trapos que en ciertas escenas de movimientos bruscos se corría de lugar. Provocaba sonrisas entre el elenco y el público de las primeras filas.

El deseo siempre encuentra su ruta. Amparada en mi intervención de homenaje a Aída Fernández, entré al camarín. Algarabía, dudas, reproches, risas.

Leticia se quitaba los harapos del personaje. Tomó la bolsa-panza que simulaba el embarazo y la lanzó hacia mí. Barajé. Abracé la bolsa. ¿Por qué? «Yo te veía con esa mirada... me abrazabas sin tocarme.»

Asistí a los ensayos de nuevas obras. Inventamos proyectos. Ficciones.

Llegó el verano cargado de esperanza. El imponente acto del pueblo uruguayo, Un Río de Libertad, concretó una estocada mortal a la dictadura. Los cacerolazos de protesta sucedían sin tregua. Fueron la excusa para iniciar encuentros amorosos en la terraza de mi apartamento. Comenzó el lazo de pasión y convivencia secreta.

Conseguimos los derechos de traducción y adaptación de la obra teatral escrita por Simone de Beauvoir *Las bocas inútiles*. La dictadura desfallecía. Exultantes, sosteníamos el mundo, la vida política y los conflictos con nuestras antiguas parejas que abandonamos sin compasión.

Como un halo, en las madrugadas nos envolvía el deseo de un hijo. ¿Cómo concebirlo? ¿Cuál de las dos? Mi cuerpo sabía que sería el suyo. Su orfandad sabía que sería mi capacidad anhelante de maternaje. Unidad perfecta. Nos lanzamos.

El amor desvanece, niega el entorno. Crea sonrisas inesperadas. En su vitalidad contingente supone que todo el mundo lo acepta y celebra. El

amor, como la muerte, es inocencia.

En la fotografía «de la felicidad», un primer plano nos muestra brindando en un acto cultural de la Alianza Francesa. Sonrientes, alocadas. Entre las dos, la panza de ocho meses. La foto es elocuente, la mirada y el brindis. En un segundo plano, Pietrafesa y Estrázulas. En la foto parecen actores secundarios de un primer plano ocupado por la felicidad de nuestros rostros. El amor niega el mundo. El mundo niega el amor raro, diferente.

En el abrazo nos mirábamos en un espejo de esperanzas. Tener un hijo... ¿cuál era el problema?

Llegué antes de la hora pactada, temerosa por el encuentro con Leticia. Vulnerable y solitaria, esperaba sus opiniones.

Ocupé la mesa histórica. Nuestra mesa junto a la ventana.

Las sucesivas reformas del boliche marcaban el paso del tiempo y la continuidad de la vida. Sucesión de amigos y acontecimientos. Creación de espectáculos, mundiales de fútbol, planes de estudios...

Recordé el nacimiento de Ariel. Mis ojos guardaban las imágenes. Era un atardecer de setiembre. Casi primavera. Leticia rompió la bolsa. Nos abrazamos llenas de risas. No imaginábamos que sería un acontecimiento tan estallante. Salimos a pescar un taxi. Temblorosa, cargué la pequeña mochila y el moisés prestado. Los taxis demoraban. Leticia decidió que antes de parir debía comer una pizza y beber un whisky. Era *Madre Coraje*.

Absorta en la rememoración, me sorprendió la llegada de Leticia.

—¿Recordabas el día del nacimiento de Ariel?

—¿Cómo sabés?

—Se te nota en la cara... Hace treinta años ocupamos la misma mesa. A pesar de las reformas, está en el mismo lugar.

Acercó su rostro. Mi beso esquivo la enojó.

—Siempre igual. Podés soltarte...

El mozo preguntó:

—¿Lo de siempre?

—Y... sí.

Miramos las imágenes del casamiento de Ariel. El orgullo impregnaba

nuestras risas y exclamaciones. Celebramos.

—¿Si estuviera el dueño de aquella época nos mandaría una vuelta!

—No podía creer que antes de ir a parir estuviéramos acá.

Intercambiamos pequeñas informaciones de nuestros trabajos, la escritura, el teatro, los amores, el dinero siempre escaso.

—Leí el relato que me enviaste, *Tristes ojos del tiempo*.

—Bueno, me pareció que debía mandártelo antes de...

—No te justifiques. Me gustó, es honesto y, como siempre, te metés en líos. Está escrito en antiguo, el lenguaje, las referencias. Las metáforas...

—A esta altura de la vida...

—Lo que más me gusta es que no hiciste un libro de quejas sobre la discriminación.

Guardamos silencio. Nuestra memoria espiritual y física conservaba huellas infinitas. Visibles historias invisibles.

—Solo critico que recargues tanto el peso de la vida cotidiana, ¿asesino serial del amor?

Nuevo silencio. Repetimos las copas de chardonnay. Bebimos con lentitud, sin mirarnos.

—Desde hace un tiempo me pregunto cómo habría sido vivir con viento a favor. Tal vez la separación...

—Vivimos con amor a favor, hasta que se terminó. Pero tenés algo de razón, si no nos hubieran acosado con tantos desprecios y estafas... ¿Te acordás cuando vino la trabajadora social para ver si era posible que adoptaras a Ariel? Lo único que le preocupó era ver si hacía pichí parado. Menos mal que de chiquito Juan le había enseñado. Y cuando encontramos a Ariel jugando con una zanahoria como si fuera un revólver...

—Sabés que odio el papel de víctima. Juan, el querido Juan, que también pasaba su propio infierno jurídico por amar a Ulyses.

—Es verdad, siempre dijiste: no hay peor tiranía que la ejercida por las víctimas.

Volvimos a mirar las imágenes del casamiento de Ariel. Una fotografía nos mostraba en el altar, las dos madres.

—¿Sabés?, a veces siento una sensación de triunfo, como cuando una

sala entera te aplaude de pie, aunque hayas realizado una puesta de alto riesgo. Triunfo ante tantos vaticinios negativos, que en definitiva recayeron sobre los discriminadores. Ayer me crucé con aquella psicoanalista que no quiso compartir una habitación contigo en una actividad universitaria. Parece deteriorada.

—Ah, las actrices...

—¿Y las escritoras? En tu relato redescubrí cuánto nos habíamos amado, y también sentí...

Silencio. Nos miramos con intensidad.

—¿Puedo decirte algo sin que te sientas mal?

Asentí, temerosa.

—En lugar de *Tristes ojos del tiempo*, a tu relato lo llamaría *Tiernos ojos del tiempo*.

—Tal vez el título pueda ser *¿Tristes o tiernos ojos del tiempo?*

—No estaría mal, dejarías libertad para que los lectores definieran...

13

...

ROSANA ETHEL GONZÁLEZ

Soy la Negra. Y no es un escondite: ya estuve escondida mucho, mucho tiempo. Me llamo Rosana Ethel González y tengo cincuenta y ocho años. Nací en una época oscura del país. Me encasillaron en un lugar en el que las señoritas eran «tal cual» y los varones, «tal cual». Mis raíces crecieron, como las de un árbol. Pero a medida que el árbol crecía me daba cuenta de que no quería ser polemizada, solo quería ser una fruta que jugara con mi misma especie.

Pasado un tiempo, con dieciocho años, aún virgen, me decidí a probar qué era lo que yo quería y qué era lo que yo sentía. En esa época era «normal» probar con un hombre, y lo probé. Y más tarde seguí mis instintos y probé con una mujer afrodescendiente. El resultado fue hermoso: descubrí lo que ya sabía, pero que en esa época era tan difícil decirlo, vivirlo, compartirlo, disfrutarlo, que lo mantuve oculto ante mi familia y mis amigos. Por lo tanto, no era feliz; tenía ya mi pareja, pero para todo el mundo era mi amiga. Duele hoy decir que mis padres murieron sin saber que soy homosexual. Los tiempos cambiaron y hoy soy la Negra y en mi comunidad me respetan y aprecian como tal, sin prejuicios, sin miramientos. Si en mi época hubiera habido las garantías que existen hoy en día, estaría

casada con una mujer y tendríamos hijos. Es hermoso, hoy, poder ver dos chicas de la mano: en mi época estaba censurado, ¡imagínense!

14

...

SABRINA NUÑEZ

Yo tengo muchísima suerte. Mis amigos no son para nada conservadores y mis papás son bastante abiertos de mente, teniendo en cuenta su edad.

Soy una mujer bisexual, y eso es un privilegio dentro de la comunidad lgbtq+. ¿Por qué? Porque si fuera un varón y me gustaran personas de mi mismo sexo, la masculinidad frágil que abunda en la sociedad me haría sufrir mucho. Primero, porque me costaría mucho más autodenominarme como homosexual, bisexual, pansexual o lo que sea —básicamente, «salir del clóset»—, y, segundo, porque me juzgarían el triple.

Cuando una mujer dice que le gustan las chicas, automáticamente la gente lo acepta, porque estamos sexualizadas y porque no generamos asco si somos hegemónicas.

Aun teniendo todo esto a mi favor, me cuesta decirlo en voz alta. Me cuesta ir a decirle a una chica «me pareces linda», porque, si me llega a mirar raro, me muero. Decirles a mis amigas que me gustan las chicas me da pánico. Esto es porque, una vez, escuché a una amiga decir «ahora que sé que Fulanita es lesbiana, me da cosa ir a la casa».

Me da mucho miedo que mis amigas puedan sentirse de alguna forma

amenazadas conmigo, aunque sé que —sin contar a esta amiga de la historia— puedo hablarlo libremente con el resto de mis amigos. Tengo la suerte de poder decirle a cualquiera de ellos «mira que linda esta chica» o «ayer me vi con esta muchacha que conocí en tal lado». Pero, aun así, me da miedo.

Que te guste una chica, para mí, es tener miedo todo el tiempo.

Entiendo que ni siquiera es mi entorno el que me juzga, soy yo misma, y trabajo todos los días para cambiar eso.

SABRINA NÚÑEZ

ESTUDIANTE DE PSICOLOGÍA, UDELAR

SAN CARLOS, MALDONADO,

VIVIENDO EN PALERMO, MONTEVIDEO

15

LA HISTORIA DE UNA LESBIANA PROMEDIO

SOFÍA

La verdad, pensaba no escribir nada para esto. Si vamos a escribir la historia de las lesbianas uruguayas, hablemos de la primera lesbiana parlamentaria, de la primera lesbiana en el movimiento lgbt, de las cantantes y referentes culturales. De aquellas que marcaron historia, cuyos nombres hay que recordar.

Pero mantener la memoria de las lesbianas y un registro de nuestra historia es también recordar nuestras vidas comunes y corrientes. Así que esta es la historia de una lesbiana promedio en Uruguay de 2019.

Me di cuenta de que me gustaban las mujeres cuando tenía dieciséis años. El feminismo estaba llegando a mi vida, así como el conocimiento de la existencia de la comunidad y el movimiento lgbt. Todo mediante las redes, claro. ¿Cómo que en Uruguay había una «marcha del orgullo»? No tenía ni idea. Menos viviendo en el interior. A los quince empecé a considerarme «aliada», ese término que le gusta tanto a los gringos y que a mí me daba el lugar para leer sobre la diversidad sexual sin sentirme cuestionada. Hasta que, al final, sí. «Bueno, capaz que podría estar con alguna piba, eh...», «capaz no me niego del todo», «pero solo estar, no me enamoraría, no me gustan así». Hasta que me enamoré así. Todo ra-

pidísimo, intenso y apurado, como dos gurisas que por primera vez se permiten enamorarse totalmente, se permiten interpretar lo que sienten como amor y no una simple admiración a una compañera de clase. Dos meses después de aceptar que me gustaban las mujeres, estaba de novia, contándole a mi padre.

Y contarle a mi padre también fue promedio. Fue un enojo que no llegó a echarme de casa. Fue un *arruinaste todo* que no llegó a más.

Por otro lado, la familia de mi primera novia era espectacular. No había problema por ningún lado, todos me querían: padres, hermana, tíos y tías, abuelos y abuelas. Fui bienvenida en su casa desde el día uno, fui cuidada cuando mi padre se enojaba, y encontré en su casa un lugar para sentirme bien.

Hasta que la vida siguió siendo la vida promedio de una estudiante del interior: me mudé a Montevideo con una amiga, y todo fue más fácil. Ya en Montevideo me hice del todo feminista y empecé a militar. ¿Qué lesbiana no milita? Creo que es también parte de la lesbiana promedio, no una excepción a la regla. El mundo nos odia por mujeres y por tortas, creo que todas sentimos la necesidad de hacer algo al respecto. Para mí fue primero feminismo, después diversidad sexual, después partido político. Porque una vez que empezás a trabajar para cambiar el mundo, no hay qué te haga parar.

Un año después, terminé con mi novia, y fui por primera vez una mujer bisexual —como me consideraba entonces— soltera. Y acá, de todo un poco: bajarme Tinder, aburrirme de todo menos de una piba, aburrirme también a los dos meses. Hablar y salir con gente, bailar y chapar con gente, conocer el poliamor. La mejor anécdota de los inicios del fin de mi bisexualidad fue de un varón supuestamente «progre» que atomizó tanto que le dije que era lesbiana, ante lo cual me dijo que a él no le importaba con quien yo estuviera, que quería estar conmigo igual. Otra fue el enamorarme perdidamente de otro pibe y no verlo por un año —en el que terminaron gustándome solo mujeres y él—, hasta que volví a verlo y decidí que en realidad no era tan así ese amor.

Y así, entre una cosa y otra, empecé a nombrarme lesbiana. Y qué di-

fícil. Me acuerdo de, cuando empecé a considerarme bisexual, repetirlo en voz alta cuando estaba sola, para acostumbrarme. Soy bisexual, soy bisexual, soy bisexual. *Lesbiana* me pareció hasta más difícil, en algún punto. Por qué le tendremos tanto rechazo a una palabra tan linda.

Tengo, al día de hoy, cinco tatuajes, que me hice entre los dieciséis y los diecinueve años. Uno de ellos muestra dos palabras escritas en mayúsculas: IN ITSELF, que son parte de una frase que cambió cómo entiendo el mundo y a mí misma desde hace pila de años. En español, sería algo así como que ser disidente y visible es *en sí mismo* un acto militante.

Soy Sofía, tengo veinte y soy torta y feminista. Eso digo ahora en las rondas de presentación. Porque en un mundo que nos exige no existir, o existir solo en la privacidad de nuestras casas, no tenemos que llevar vidas excepcionales para hacer historia. Nombrarnos públicamente importa. Ser visibles es en sí mismo un acto político.

16

DESCUBRIENDO MI BISEXUALIDAD

VICTORIA RIVERO MOCHI

Corría el año 2015, yo era nueva en la ciudad de Montevideo. Nueva como residente, porque cada fin de semana de mi niñez, Montevideo era rumbo fijo para visitar familia. Pero, ahora, con diecinueve años, me estaba yendo a vivir con mi hermano, por primera vez fuera de lo de mis padres. El despertar de mi independencia coincide con el de mi bisexualidad.

Tenía varios amigos varones homosexuales, los cuales se triplicaron cuando empecé a salir en la nocturnidad montevideana y, además, por primera vez, empecé a compartir con mujeres lesbianas en mi grupo de amigos. ¡Guau, qué hermosa época fue la de conocerlas, reconocerme!; tanta seguridad, tanta convicción y tanto amor en sus vidas. Empoderadas, defendiendo sin miedo todo lo que sentían, y mostrándome a mí la suavidad del amor, delicado, y el fuego que las transformaba en panteras. Por primera vez, la curiosidad bailaba dentro mío y me ayudaba a reconocer que esa curiosidad vivía en mí desde hacía tiempo. Soñarme haciendo el amor con mujeres era algo esporádico, pero que siempre me pasó.

Entonces, conocí a Violeta. Era una versión de mujer 2.0 que me hacía alucinar; era un espejo, una maestra. Fue un descubrimiento importantísimo para mi adolescencia. Ella tenía una especie de *hobby* perversamen-

te hermoso y poderoso: casualmente, sus parejas eran recientemente convertidas. Ella era para mí el Drácula de las tortas, y eso me encantaba, me cachondeaba. Me imaginaba siendo su próxima víctima.

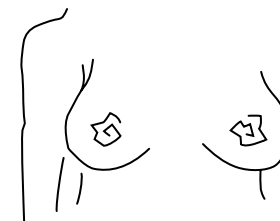
Y ahí me pude ver deseando a una mujer con unas ganas locas, llena de pasión, de euforia y admiración. Qué lindo sentir. Aún lo puedo revivir, fue como redescubrir el amor, como la primera vez. Entendí que la única persona con la habilidad de hacer o juzgar sin probar era yo. Pues ahí estaba, desafiándome a mí misma y celebrando esta nueva forma tan hermosa de poder ver a una mujer.

Yo estaba empezando a enamorarme irracionalmente de Violeta, y ella cada día me quería más como una amiga. Nunca pude tocar sus labios, pero Violeta me dio el poder para animarme a besar los labios de otra mujer. Y empezaron las pruebas piloto, mis miedos de no saber si lo estaba haciendo bien... Fue lo que me llevó a comprender lo lejos que estaba de saberme merecedora de disfrutar la plenitud de mi sexualidad. Me amigué con toda mi feminidad y me empoderé, di el placer que siempre quise que me dieran. Y ahora lo sentía mientras acariciaba el pelo y el mentón de una mujer hecha de nubes de algodón frente a mí.

Ahí lo supe, se abrieron un montón de cosas en mí. La bisexualidad fue redescubrirme, aceptarme, empoderarme. Parte de un despertar necesario y de desarrollo personal. Me enseñó mucho más del mundo y de las personas en general.

Ahora, desarrollo la teoría de que, en realidad, todos nacemos fisiológicamente bisexuales, pero en este mundo capitalista, construido a partir de inseguridades y miedos, el que tiene miedo de probar y permitirse ser prefiere juzgar y hacer doler, antes que amar y brillar.

Que no te endurezcan el corazón por miedo; hay mucho amor por disfrutar.



ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN AGOSTO DE 2020 POR IMPRENTA ROJO EN MONTEVIDEO, URUGUAY. SE UTILIZARON LAS FUENTES GUYOT, DEL DISEÑADOR RAMIRO ESPINOZA PARA EL TEXTO, Y RAKKAS, DE LA DISEÑADORA ZEYNEP AKAY PARA LOS TÍTULOS.



PROYECTO (In)VISIBLES
MEMORIAS LÉSBICAS, GÉNERO
Y GENERACIONES

Desde Cotidiano Mujer y Ovejas Negras nos embarcamos en un nuevo proyecto: (In)Visibles. Memorias lésbicas, género y generaciones; donde buscamos rescatar del silencio y el olvido las memorias individuales y colectivas de las mujeres que desean a otras mujeres.

Invisibles es un libro de diversos relatos a través del cual podemos conocer un poco más la cotidianidad e historia de lesbianas y bisexuales.

La posibilidad de una gran cantidad de disidentes sexuales de narrar nuestras vidas ha estado históricamente limitada por el estigma, la invisibilidad, el descrédito o las propias estrategias de sobrevivencia que nos obligaron a estar en el closet.

Este proyecto busca cubrir y visibilizar las memorias de diferentes generaciones de mujeres que deseamos otras mujeres para poder recuperar nuestra pluralidad de trayectorias subjetivas.

Este trabajo nos dio la posibilidad de conocer historias que nos permitirán construir la historia que hoy sigue siendo invisible.

